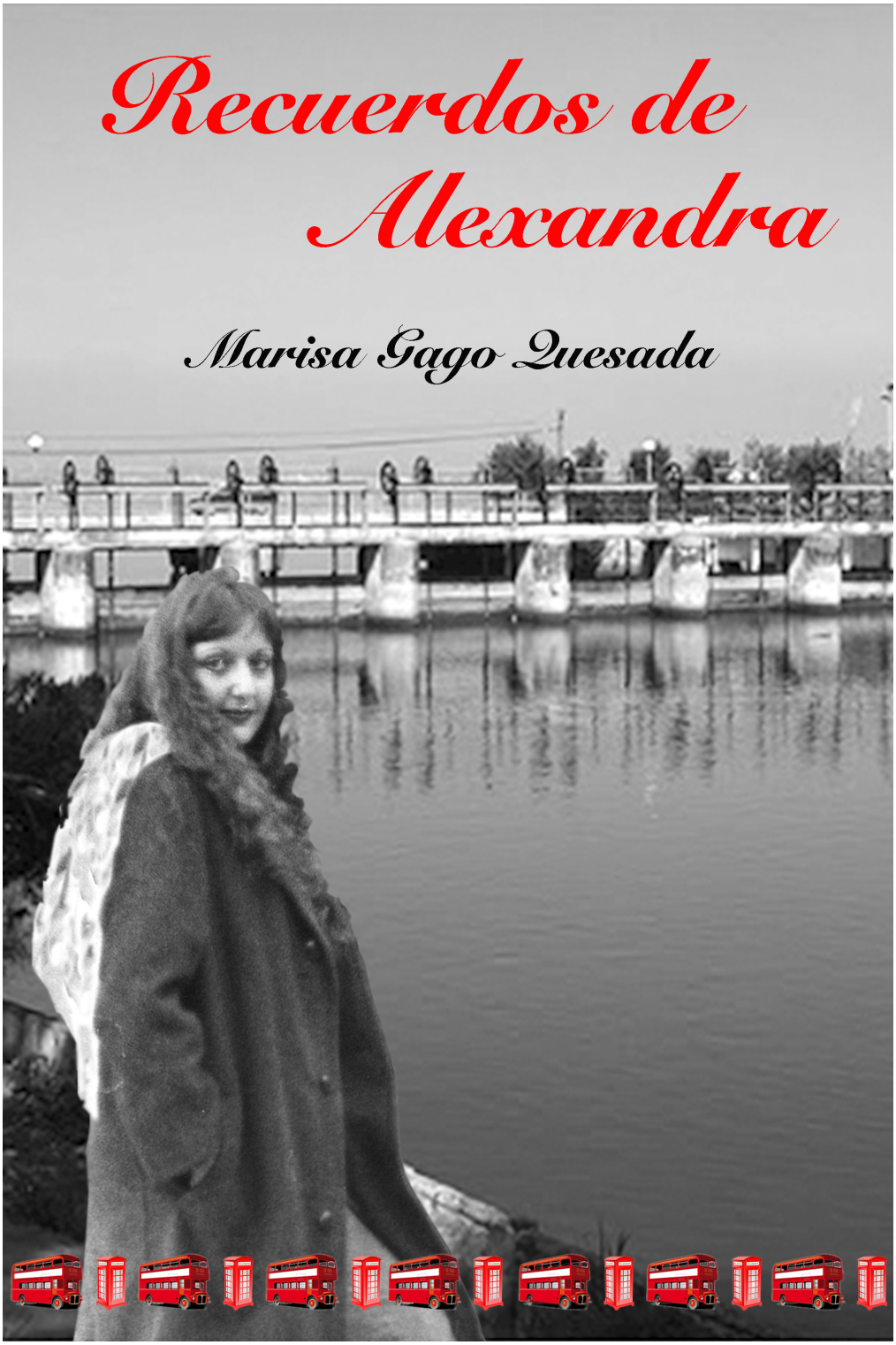
Recuerdos de Alexandra (Capítulo IV)

Marisa Gago Quesada



Capítulo 1

CAPÍTULO IV

Valencia, España

Verano, 1981

El avión estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto de Valencia. El vuelo había durado alrededor de dos horas y media, que transcurrieron sin apenas darme cuenta.

El nerviosismo y la impaciencia que tenía por marcharme de casa sola por primera vez, y un ligero sentimiento de culpa por haber renunciado a mi ingreso en la universidad, me habían hecho pasar la noche en vela. Sin embargo no tenía sueño. La despedida había sido tan frustrante y dolorosa que no había logrado sacármela de la cabeza en todo el trayecto.

Aunque era consciente de que mi padre deseaba quedarse en casa, a solas con Victoria, no podía evitar seguir sintiendo que lo había abandonado a su suerte, a merced de una arpía sin escrúpulos que obtendría de él lo que se propusiera a cualquier precio.

Ya había conseguido, sin mucho esfuerzo, que él aceptase que fuera ella quien figurase como titular de la propiedad intelectual de la música y letra que papá había compuesto para su grupo, por lo que los ingresos por derechos de autor los cobraría íntegramente Victoria, con el beneplácito de mi padre.

Cuando, mostré mi indignación, ante la posibilidad de que hubiese beneficios y todos fueran a parar a la cuenta de su amante, él me acusó de avariciosa y argumentó que la idea de formar un conjunto musical había sido de ella, y que nosotros teníamos suficiente para vivir desahogadamente con el dinero que generaba la empresa Magic Colours, de cuya entidad era copropietario. Según me explicó, sin que yo le preguntara, la fábrica de bolígrafos había superado la crisis y volvía a funcionar sin problemas.

Yo dudaba que alguna vez hubiese estado al borde de la quiebra o que hubiese tenido pérdidas, como me había contado meses atrás. Sabía por tía Mavis que la factoría iba viento en popa y había sido ampliada de forma que había sido necesario alquilar los dos edificios colindantes para

poder llevar a cabo la producción. Magic Colours ya no sólo elaboraba bolígrafos de colores, sino también cualquier tipo de material de papelería de muy buena calidad a precios muy competitivos.

Seguía sin entender por qué papá se empeñaba en tenerme engañada en lo que concernía a la fábrica. Sospechaba que ni él mismo conociera la contabilidad de la empresa, pues lo cierto es que se había desentendido completamente de ella y había optado por confiar a ciegas en la información que sus hermanos querían transmitirle.

Por más que lo había intentado, nunca comprendería el motivo por el cuál siempre anteponía el bienestar, los deseos, y los criterios de los demás por encima de los nuestros: primero había favorecido a sus hermanos en su propio detrimento, ahora estaba haciendo lo mismo con Victoria.

Aquella mañana, cuando nos disponíamos a partir hacia el aeropuerto, Victoria había abandonado la vivienda de los vecinos, cargada de maletas, dispuesta a instalarse en nuestra casa. La cara de asombro de mi padre me hizo comprender que había sido ella quien había tomado la decisión sin consultárselo, dando por hecho que él no pondría ninguna objeción, como así fue.

Mientras abríamos el maletero del coche, Victoria le había urgido a que subiera sus maletas al dormitorio y guardase sus pertenencias en el armario, sin importarle que las mías estuvieran todavía sobre la acera.

Mi padre había intentado hacerle comprender que se nos echaba el tiempo encima y que si encontrábamos tráfico en la carretera podría perder el avión, pero ella había hecho caso omiso a su explicación, argumentando que no podía desentenderse de ella y que era mucho más sensato que yo cogiera un taxi.

Papá se vio entre la espada y la pared, sin saber a cuál de las dos satisfacer hasta que, una vez más, entre disculpas e impotencia, trató de justificar las niñerías de su amante diciéndome que llegaría mucho antes a Heathrow si cogía un taxi.

Dolida por su deplorable actitud, le contesté que no hacía falta que se molestase por mí, que ayudase a Victoria, y que ya me las arreglaría. Mis ojos se tornaron vidriosos en un intento de no romper a llorar en su presencia; no estaba dispuesta a darle a ella esa satisfacción.

Quise castigar a papá. Su comportamiento me exasperaba y me había sentido incapaz de ser amable y comprensiva con él. Sin pensármelo dos veces, cogí mis maletas y caminé despacio por la acera sin volver la vista atrás, confiando y deseando que viniera detrás de mí y me diese un beso

de despedida, pero no lo hizo.

Sentí que no le importaba. Incluso llegué a pensar que había fingido estar triste por mi partida, que tal vez siempre había sido una carga para él y había llegado el momento de aligerarla.

En aquel preciso instante había resuelto no regresar nunca a Londres, pero no podía marcharme sin despedirme antes de mi tía.

Entré en una cabina y la llamé por teléfono.

Cuando me preguntó si papá me llevaría al aeropuerto, entre sollozos, le conté lo sucedido. Veinte minutos después la vi aparecer por la esquina. Subí a su destartalado automóvil y condujo con rapidez hacia Heathrow. Conversar con ella me reconfortó e infundió ánimo.

Mavis también se sentía sola aunque se empeñase en decir que ya no añoraba a su marido y a sus hijos, sin embargo era cierto que se iba amoldando a su situación y cada vez la sobrellevaba mejor. Con el tiempo, a mí también me ocurriría lo mismo.

Al despedirnos me hizo prometer que la llamaría en cuanto llegase a España, que le daría la dirección de mi nuevo domicilio y un número de teléfono de contacto. Le aseguré que así lo haría. Le pedí que visitase de vez en cuando a mi padre para que me mantuviera informada sobre su salud y sobre cómo le iban las cosas. Estaba demasiado enfadada, y no tenía intención de ponerme en contacto con él. Si quería hablar conmigo, sería él quien tendría que dar el primer paso.

El avión tuvo que sobrevolar dos veces el diminuto aeropuerto de Manises antes de que la torre de control le diese permiso para aterrizar. La ciudad, envuelta en una densa nube gris provocada por la extrema contaminación, aún no era visible para los ojos de los pasajeros, en su mayoría turistas. Algunos comentaban su mala suerte por empezar sus vacaciones un día brumoso y oscuro, sin embargo, en cuanto la aeronave tomó tierra, el cielo lucía de un azul intenso, el sol brillaba resplandeciente, y yo estaba lista para comenzar una nueva etapa de mi vida.

***

Dos semanas después de llegar a Valencia, me mudé a un pequeño piso amueblado en un bloque de veintiún apartamentos, dispuestos en cuatro portales con tres alturas, situado en la cima de una montaña llamada el

Vedat.

Aunque la vivienda era modesta en comparación con los lujosos chalets que se hallaban diseminados a lo largo y ancho de la extensa falda de la montaña entre la espesa vegetación, la casa era confortable y las vistas desde el balcón situado en el tercer piso, espectaculares.

El edificio incluía un espacioso jardín con césped, no muy bien cuidado, adornado con palmeras y plantas, dispuestas a modo de círculo en cuyo interior había rosales y un arbusto de origen brasileño denominado bandera española por sus flores de vistoso colorido rojo y amarillo. En la esquina más alejada del recinto cuadrangular, había una piscina demasiado pequeña para albergar la gran cantidad de niños y adultos que habitaban el inmueble durante el verano.

Mi rutina consistía en levantarme sobre las diez de la mañana e ir a comprar a un pequeño supermercado ubicado colina abajo, llamado El Devenir. Después de comer echaba la siesta. Al atardecer, salía a correr durante más de dos horas por las carreteras y callejuelas de la urbanización de Santa Apolonia, una extensa zona residencial situada al pie de la montaña. A menudo me aventuraba a llegar hasta la propia ciudad de Valencia, después de atravesar el municipio de Torrente, y los pueblos adyacentes.

A mí regreso a mi apartamento, ya caída la noche, bajaba a bañarme en la piscina. Era el único momento en que podía disfrutar del baño a solas, evitando el bullicio de los niños que jugaban en el agua a la pelota, o el chismorreo de las mujeres que se sentaban desde el atardecer hasta la hora de cenar a modo de corrillo sobre el césped, cotilleando y difundiendo habladurías sobre cualquier vecina que no estuviese presente en aquel momento. Sus maridos mientras tanto jugaban al ping-pong, o contemplaban con lascivia desde chiquillas preadolescentes a mujeres que rondaban los cincuenta.

Después del baño cenaba cualquier cosa que hubiera en la nevera, veía un rato la televisión, y me acostaba a altas horas de la madrugada. Solía leer en la cama hasta que el sueño me vencía y el libro con el que me acostaba se me caía de las manos. Entonces apagaba la luz.

El día a día me aburría cada vez más.

Mis esperanzas de perfeccionar mi español y mejorar mi destreza culinaria en Valencia se habían esfumado. Por más que había indagado, no encontré ni una sola escuela de cocina ni un lugar donde impartieran clases de conversación en castellano.

Mi estancia en España iba transcurriendo decepción tras decepción.

Al igual que en mi país, me sentía marginada. Donde quiera que fuese, seguía siendo incapaz de hacer amigos y relacionarme con la gente. Sin duda alguna, el problema debía residir en mí. Sin saber por qué, mis convecinos me negaban el saludo reiteradamente, las chicas de mi edad me miraban con desdén, y los muchachos con curiosidad o disimulo. Tan solo los hombres maduros me dirigían la palabra, en voz baja, para "piropearme". Aprendí expresiones malsonantes como: ¡collons!, o tienes dos tetas como dos carretas, entre otros vocablos ofensivos.

Era la historia de mi vida. No me quedaba más remedio que aceptarla y aprender a convivir con ella.

Incluso mi propio padre parecía haberse olvidado de mi existencia.

Durante las dos semanas que pasé en el hotel Astoria, recién llegada a España, había preguntado cada día si había recibido alguna llamada telefónica: la recepcionista me había respondido a diario con una negativa.

Volví a sentirme desorientada y perdida, sin saber adónde dirigir mis pasos. Me costaba admitir que me había equivocado otra vez, pero también me resistía a volver a Londres con mis expectativas de futuro hechas añicos.

Decidí luchar para afrontar mi derrota con valentía. El mundo no se saldría con la suya. Era una superviviente y perseveraría en mi empeño por ser feliz.

***

A finales de julio me dispuse a buscar trabajo.

Estábamos en temporada alta y los turistas pululaban por doquier en busca de playa, sol y buena comida. Pensé que a falta de escuelas de cocina, la única manera de aprender los misterios de la buena gastronomía española, y en especial la valenciana, era conseguir un empleo en algún merendero o restaurante costero.

Salí del piso dispuesta a probar suerte.

A media mañana, llegué a la conocida playa de la Dehesa en el Saler, después de haber cogido tres autobuses. Una vez allí me senté en la

terraza de un restaurante, situado a pie de playa.

El aroma a leña quemada de naranjo con la que se cocinaba la paella y demás arroces típicos en aquel establecimiento me había llevado hasta la mesa de aquel recinto con techumbre de paja, como atraída por un imán.

Un camarero delgado y bajito, ataviado con pantalón y chaleco negro, y camisa blanca impoluta se aproximó a atenderme.

_Buenos días. ¿Qué ponemos?

Enumeró una larga lista de opciones culinarias.

_Un arroz negro y una Coca-Cola, por favor.

_ ¿Espera usted a alguien? El arroz lo hacemos sólo por encargo, a partir de dos raciones.

_No, no espero a nadie. Una ración de calamares, entonces.

_ ¡Marchando una de calamares y una Coca-Cola! _voceó mientras se dirigía hacia el interior del local.

Diez minutos después tenía ante mí un exquisito plato de calamares que devoré con avidez después de echarle unas gotitas de limón.

Cuando terminé hice un ademán con la mano y el mismo camarero que me había atendido se materializó presto y servicial ante mí.

_ ¿Desea usted algo más, o traemos ya la cuenta?

_La cuenta… pero antes me gustaría pedirle un favor.

El menudo mozo enarcó las cejas con un gesto de sorpresa y se puso en guardia.

_Si está en mi mano… _repuso dubitativo.

_ ¿Sabe de algún merendero o restaurante dónde necesiten una ayudante de cocina?

_ ¿Un pinche?

_Eso, en este caso una pinche. Vamos: yo.

_No tengo ni idea, pero puedo preguntar al encargado.

_Se lo agradecería mucho.

_ ¡Marchando una de encargado! _exclamó, volviendo a entrar en el recinto.

El hombre volvió a salir, y con una curiosa reverencia me anunció que el propio dueño me recibiría en su oficina.

Me indicó el camino y me detuve frente a una puerta entreabierta. Golpeé suavemente con los nudillos.

_ ¿Se puede?

_Adelante.

Me recibió un hombre de pelo blanco, piel morena y arrugada, y expresión seria. Su nariz aguileña se inclinaba por encima de un poblado bigote que le tapaba por completo la boca.

_Siéntese, por favor. Me han dicho que está usted buscando empleo. ¿Qué sabe hacer?

_Bueno…, para ser sincera no tengo experiencia en restauración, pero mi madre murió cuando era muy pequeña y llevo cocinando casi desde entonces…

_ ¡Oiga! _protestó con un tono altivo y desagradable_. No me cuente usted su vida, que no me interesa. Al grano; no me haga perder el tiempo. ¿Sabe hacer algo, como pelar ajos, patatas y cebollas?

_Sí señor _respondí intentando mantener la compostura_. Además, hablo inglés y español con fluidez… y me defiendo en francés. Podría ayudar en la cocina y, como en verano hay tanto turismo internacional, hacer de intérprete.

_No necesito a nadie.

_En ese caso, adiós. Buenos días.

Me levanté de la silla sin mirarle y me encaminé hacia la puerta.

_ ¡Alto ahí! _me ordenó_. Aquí no hay ninguna vacante, pero tengo un amigo que tiene un restaurante en el Perellonet y necesita un pinche con urgencia.

Apuntó un nombre y una dirección en un papel y me lo entregó.

_Gracias.

_No hay de qué.

Cogí el autobús de línea y le pedí al conductor, un hombre calvo y rechoncho con las axilas empapadas en sudor, si sería tan amable de indicarme en qué parada debía bajarme para llegar a la dirección que el gerente del restaurante me había indicado.

_ ¿Vas a coger luego el autobús de vuelta? _me preguntó.

_Sí.

_Quédate aquí delante y yo te avisaré cuando tengas que bajar…, y recuerda que los días de diario el último coche pasa sobre las siete de la tarde. Yo de ti no lo perdería porque tendrías que hacer autostop y estás para comerte.

Me sonrojé y me sentí incómoda, pero le agradecí la información y me senté en un asiento de la parte delantera, tal como me había indicado. De vez en cuando el chófer giraba la cabeza y dirigía su mirada hacia mi entrepierna.

_ ¡Bonitas bragas! _exclamó en voz baja.

Una señora alta y gruesa que viajaba en un asiento contiguo al mío le amonestó, hecha un basilisco.

_ ¡Vergüenza debería darle! ¡No moleste a la xiqueta!

Sonreí a la mujer en señal de gratitud y ella me guiñó el ojo con un gesto de complicidad.

Afortunadamente, no tardamos en llegar a mi destino. Me despedí amablemente de ambos y deseé que no fuese aquel conductor mezquino quien me llevase de vuelta a la ciudad.

***

El Rincón de la Vicenta, como así se llamaba el restaurante, estaba ubicado a escasos metros de la arena de la playa del pueblecito del Perellonet.

La construcción simulaba una barraca, vivienda típica de los labradores de las huertas de regadío de aquella zona, a la que habían adosado una extensa terraza rectangular cubierta de cañizo en la que se hallaban esparcidas, una veintena de mesas de diferente tamaño.

Accedí al recinto por la puerta principal, situada en la parte frontal del edificio. El interior del local constaba de dos pisos. En la planta baja había un espacio a modo de pasillo que separaba la barra, la cocina y los servicios, de otras veinte mesas situadas en el extremo opuesto, dispuestas en paralelo al lado de tres amplias cristaleras.

Detrás de la barra, anexo a la cocina, bajo una techumbre inclinada se encontraba el paellero, con capacidad para elaborar un gran número de paellas al mismo tiempo.

Al fondo del establecimiento se erguía una escalera de caracol, por donde se ascendía al piso superior, en el que se encontraba la amplia oficina del dueño y sus aposentos privados, un pequeño despacho para el contable, y un cuarto de baño.

Anduve por el inmueble vacío sin encontrar un alma. Era lunes. Posiblemente el local estaría cerrado por descanso del personal. Creí haber hecho el viaje en balde, y a punto estuve de marcharme.

Me sobresalté cuando la puerta del despacho del contable se abrió de forma automática.

Un muchacho rubio de pelo largo, alto, delgado, y expresivos ojos verdes salió a recibirme. Me comunicó que don Paco le había llamado y que me estaba esperando.

Me disculpé por haberme colado sin llamar. Él no le dio importancia.

Don Gregorio, como así parecía llamarse el joven encargado, según el nombre que llevaba yo apuntado en el papel que me había dado el gerente de Los Pinares, me hizo pasar a su despacho, una pequeña habitación amueblada con un escritorio, un sillón de oficina con ruedas, dos sillas colocadas en el lado opuesto de la mesa y un armario de metal con cuatro cajones, en la esquina.

Desde el primer momento se mostró agradable conmigo y dispuesto a ayudarme.

_Ponte cómoda _me dijo señalando a una de las sillas situadas enfrente de su mesa_. Vamos a ver; me has dicho que quieres el puesto de ayudante de cocina.

_Así es… El director de Los Pinares me dijo que necesitaban con urgencia un pinche _le comuniqué, entregándole la nota en la que me había escrito el nombre y señas del restaurante.

_Veo que vienes bien recomendada.

_Tanto como recomendada… _repuse con sinceridad_. El gerente se limitó a apuntarme la dirección, pero no me hizo casi preguntas ni prueba alguna.

_Don Paco es amigo íntimo del dueño de este establecimiento, y si estás aquí es porque confía en que el puesto será tuyo… Yo no puedo asegurártelo; en realidad sólo soy el encargado de llevar la contabilidad y las cuestiones legales de la empresa..., además de atender el teléfono, las reclamaciones, hacer pedidos, y ser el novio de la hija del dueño… A veces, si el restaurante está lleno, que es lo habitual sobre todo en verano, tengo que ponerme el uniforme y hacer de camarero.

_ ¡Sólo!, dice usted. No le quedará mucho tiempo libre.

Me arrepentí al instante de haber hecho tal apreciación. No quería que pensase que le estaba haciendo la pelota.

_No me hables de usted, Alexandra. Tengo veintitrés años; no creo que sea mucho mayor que tú. Aunque en el letrero de la puerta hayas leído "Don Gregorio", mi nombre es Gregory.

_Yo tengo dieciocho años y medio…, Gregory.

_ ¡Vaya! Eres muy joven; te echaba dos más _sonrió.

Su cara amable y sus ojos alegres parecían sonreír todo el tiempo.

_A lo que íbamos _continuó_. Voy a tomarme la libertad de hacerte una especie de entrevista de trabajo y mañana mismo podrás incorporarte si el jefe y su señora están de acuerdo… y si tú aceptas las condiciones, claro, porque ya te digo de entrada que aquí no hacen un contrato en regla ni por asomo. La mayoría de los trabajadores cobran por horas en un sobre.

_Por ese lado no hay ningún problema, sino todo lo contrario: soy extranjera.

_ ¡¿Extranjera?! ¿Quién lo diría? ¿De dónde eres? ¿De algún país de habla hispana?

_No. Soy inglesa; en concreto de Londres.

_ i¿No me digas?! ¡Qué casualidad! Yo nací en Escocia, pero viví con mis padres en el barrio de Finsbury en Londres desde los tres años hasta los dieciocho, que fue cuando nos vinimos a España. Mi madre es escocesa y mi padre era español, de Gandía. Murió hace dos años y ella volvió a Glasgow. Teníamos un pequeño bar en Oliva, cerca de su ciudad natal, que cerramos cuando él falleció.

_Siento lo de tu padre… y sí que es casualidad.

_Gracias, no te preocupes. ¿En qué zona de Londres vives?

_En Golders Green.

_ ¡Ah! En el barrio judío. Es una zona muy bonita y tranquila. ¿Eres judía? No es que me importe. Te lo digo porque en esta cocina se mezcla la carne y la leche, cosa que no hacen los judíos ortodoxos.

_No soy judía. Soy protestante, pero en realidad no sé si creo en algo. La religión no es un tema que me importe mucho, la verdad.

_ ¡Uy! Pues tendrás que andar con ojo, no por mí que también soy protestante y pienso como tú, sino por mi suegra y mi novia que son las encargadas de la cocina y son católicas, apostólicas y romanas, sobre todo mi novia, que estuvo interna en un colegio de monjas y me tiene frito con tanto rezo. ¿Te puedes creer que va a misa de ocho todos los días y me obliga a acompañarla los domingos antes de abrir el restaurante? Y, ¡pobre de mí! como no me vea santiguarme, arrodillarme y rezar, porque luego la tengo de morros todo el día. ¡Y qué decir del sexo! No señora. Sólo me deja besarla, pero que no se me ocurra subir o bajar las manos más allá de la cintura, que me suelta un bofetón. Dice que quiere llegar virgen al matrimonio… Pero, ¿qué le voy a hacer?; estoy colado por ella desde que la vi, y me casaré por el rito católico en la catedral de Valencia como ella quiere, y tendremos los hijos que Dios nos dé; cito textualmente sus palabras _declaró, terminando su discurso con un suspiro.

_Gregory, no te ofendas, pero soy una extraña para ti y me estás contando cosas demasiado íntimas que desde luego no saldrán de mi boca, pero…

_Sí, sí…, perdona que te haya soltado este rollo. Mi novia también se queja de que no paro de hablar, aunque cuando estoy con ella no abro la boca… Por eso cuando pillo una víctima, en este caso tú, no puedo evitar enrollarme _prosiguió atolondradamente_. ¿Pero con quién me voy a

desahogar si me paso el día metido en este agujero?...

_Pero nos acabamos de conocer…

_De acuerdo… Pero tenemos muchas cosas en común y eso nos convierte más o menos en amigos, siempre que no haya nadie delante, claro. ¡Pobre de mí si Carmencita me pilla hablando con una chica!, porque es muy celosa y me echa la bronca cuando miro a una mujer aunque sólo sea para atenderla cuando sirvo una mesa, porque yo también atiendo mesas, ¿sabes? Soy el primero que entra y el último que se va: el encargado de todo... ¡Uf! Ya me estoy enrollando otra vez. Córtame si quieres, aunque te agradezco que me hayas escuchado. Cuando no estoy aquí con ella, estoy por ahí con ella… y esa es mi vida.

_A mí no me importa escucharte, pero, ¿no tienes amigos? _le pregunté extrañada. Todo el mundo tenía amigos excepto yo.

_Sí que tengo, y muy buenos, pero mi novia no me deja que quede con ellos y se cabrea cuando me llaman por teléfono.

_No sé qué decirte…

_No digas nada _dijo, encogiéndose de hombros_. Es lo que me he buscado, y pese a todo no quiero que nada cambie. No te entretengo más con mis lamentos; al final acabaré dándote pena… Voy a llamar a mi suegro para decirle que ya tenemos pinche y que me dé el visto bueno…, que va a ser que sí.

Me di cuenta de que me sentía muy relajada y cómoda en compañía de Gregory, y casi había olvidado el motivo de mi viaje al Perellonet. Comencé a ponerme nerviosa por si el dueño no me aceptaba.

El joven encargado marcó el número de teléfono de su futuro suegro y jefe.

_Hola Vicenta, ¿está tu marido por ahí?

_Vale, espero.

_Bon dia, Tomás. Mira, te llamo porque hay aquí una chica que quiere coger la vacante de pinche de cocina; don Paco le dijo que viniera.

Noté que Gregory se sonrojaba y se alejaba de la mesa lo que el cable del teléfono le permitía, que no era mucho. Al parecer la pregunta de su interlocutor le incomodó.

_Sí, bastante _respondió.

Escuché unas sonoras carcajadas desde el otro lado del teléfono, pero no pude oír lo que don Tomás le había preguntado.

Gregory se había puesto de repente muy serio.

_ ¿Entonces le digo que vuelva mañana?

Intuí que el dueño asintió.

_De acuerdo.

Gregory colgó el teléfono con un gesto hastiado e iracundo.

_Bien, Alexandra; si quieres el puesto es tuyo… Debo advertirte que el jefe es un tacaño, te pagará una miseria y trabajarás a destajo.

_No importa, acepto encantada.

_El ambiente de trabajo también deja mucho que desear. Doña Vicenta, mi suegra, es una señorona bastante seca y antipática, y mi novia una mandona.

_Intentaré ganármelas.

_Ardua tarea… Además te será muy difícil llegar hasta aquí y estar puntual a las nueve de la mañana.

_ ¡Si ni siquiera sabes dónde vivo! Empiezo a pensar que quieres disuadirme. Hasta hace un momento no me habías puesto ninguna pega. Es cierto que vivo lejos, pero me las arreglaré para estar aquí a la hora que me digas. Tengo una combinación de autobuses más o menos decente y no me importa andar si es necesario, ni tampoco madrugar.

_ ¿Tanto necesitas este empleo?... Si no es indiscreción, y considéralo parte de la entrevista, ¿por qué has venido a España a buscar trabajo? Seguro que encontrarías uno mejor en Londres con mejores condiciones: contrato, Seguridad Social, una jornada más corta…

_No lo hago por dinero. En realidad vine a España para perfeccionar el idioma y aprender a cocinar para abrir en Londres un pequeño establecimiento de comida española para llevar… y también huyendo de ciertos problemas familiares.

Gregory se quedó mirándome con expectación y una mueca inquisitoria, como si estuviera esperando que le contase cuáles eran los problemas a

los que me refería.

_Es una larga historia _manifesté.

Se ruborizó, percatándose de que había leído sus pensamientos y había podido pecar de indiscreto.

Antes de despedirme me dijo que acudiera al restaurante sobre las nueve de la mañana. El local habría a las once, pero había que cocinar y preparar los aperitivos. Cuando yo llegase, él mismo me presentaría a los dueños.

Llegué a casa sobre las cuatro de la tarde, inquieta pero feliz.

Estaba eufórica, agitada y acalorada. Decidí darme un baño en la piscina y hacerme unos largos para sosegarme.

Desde el balcón del segundo piso de mi propio portal escuché a la señora Alicia vociferar: "¡Mira esa guarra que se baña sin gorro!"

Era cierto que no llevaba gorro y que había un cartel que advertía a los bañistas de la obligación de utilizar esa incómoda prenda de plástico que hacía que me aprisionara y flotara la cabeza, pero me había peinado con una coleta alta y trenzado mi melena de tal modo que ningún pelo pudiera desprenderse de mi cuero cabelludo e ir a parar al agua.

Además, nadie se bañaba con gorro; ¿por qué iba a hacerlo yo?

Hice caso omiso. Estaba tan contenta de haber encontrado trabajo que, ni la desagradable doña Alicia ni ninguno de mis vecinos conseguiría amargarme el día. Continué nadando hasta las cinco de la tarde, subí a casa, me comí un bocadillo de longanizas y me acosté con el propósito de echar la siesta. No obstante, fui incapaz de dormir a pesar del madrugón de la mañana.

Gregory me había impactado. Era guapo y parecía un muchacho honesto, divertido y de buen carácter. Era cierto que hablaba por los codos, pero ese "defecto", para mí, que era una pésima conversadora, no hacía más que aumentar su atractivo.

Tumbada en mi cama a deshoras, en mi habitación a oscuras, fantaseé con él, inventando una historia carente de erotismo en la que me imaginaba del brazo de mi padre llevándome al altar de Saint Paul´s Cathedral, donde Gregory me esperaba junto a una madre imaginaria el día de nuestra boda.

Me había enamorado de él nada más verle; había sido un flechazo, como habría dicho Giovanni. Me asombró que desde mi llegada a España no le

hubiese dedicado ni un solo pensamiento, a pesar de que había estado a punto de hacer el amor con él en mi propio cuarto si papá no nos hubiese interrumpido.

Decidí levantarme, e ir a llamar a mi padre desde una cabina telefónica que había enfrente del supermercado El Devenir.

Mavis me había telefoneado en varias ocasiones a casa de los porteros Fuencisca y Cipriano, las dos únicas personas con las que me relacionaba en el bloque de apartamentos; ellos se sentían marginados por los vecinos por su condición de sirvientes.

Mi tía había insistido en que llamase a mi padre. Según decía, la última vez que le visitó, le había visto triste y desmejorado pese a que su relación con Victoria parecía marchar viento en popa, al igual que su aventura musical. Al parecer, una compañía discográfica importante había escuchado sus canciones y estaban grabando un disco. Uno de los temas era completamente instrumental. Se llamaba Alexandra´s Song, y era la única composición melódica tocada al piano, incluida en el álbum. Era un bonito detalle por parte de mi padre, y tal vez una forma de decirme que me echaba de menos. Yo también estaba deseando volver a saber de él.

Salté de la cama, me puse un vestido ligero y caminé calle abajo hasta la cabina para telefonear a mi casa de Golders Green.

Fue Victoria quien respondió a mi llamada.

Inmediatamente me puse de mal humor y estuve a punto de colgar sin decir palabra. No obstante pregunté por papá.

_Alfred no se puede poner _me comunicó sin más explicaciones.

_ ¿Está en casa y no se puede poner? ¿Se encuentra mal?

_Está perfectamente, pero recuerda que te fuiste sin despedirte y no te lo ha perdonado.

_ ¿Por qué lo tergiversas todo, Victoria? Fuiste tú la que no le dejaste que me llevara al aeropuerto. Dile que se ponga _le ordené.

_ ¡Te he dicho que no puede! ¡¿Te enteras?! _aulló, histérica.

A lo lejos escuché la voz de mi padre preguntándole qué pasaba y por qué gritaba.

_No es nadie, querido… Es propaganda… Nos quieren vender un colchón.

Mi padre debió arrebatarle el teléfono. Le oí decir entre dientes: “Puede que me interese cambiar de colchón”.

_ ¿Dígame?

_Hola, papá… Soy yo, Alexandra.

Se quedó callado un instante; después le escuché decir en voz baja, pero firme: “Vete de aquí y no se te ocurra interrumpirme”.

No oí replicar a Victoria. Probablemente cedió y le dejó a solas.

_Hola Alexandra. ¡Qué alegría! ¡Cuánto tiempo!

Me dieron ganas de reprocharle que no hubiese intentado ponerse en contacto conmigo, ya que yo le había escrito y tía Mavis me había asegurado que le había dado correctamente mi dirección y el teléfono de los porteros; sin embargo no lo hice. Le añoraba, y lo último que quería era discutir con él.

_Más de un mes, papá. ¿Cómo estás?

_Bien, supongo… ¿Y tú? ¿Recibiste mi carta?

_ ¿Tu carta? No he recibido ninguna carta. ¿Cuándo la enviaste?

_En cuanto te mudaste al Vedat. Te escribí porque no me atrevía a llamarte. Te fuiste muy enfadada conmigo y lo que tenía que decirte no te iba a gustar nada… y no te va a gustar.

_ ¿Lo del disco? Me lo dijo la tía. Me alegro de que estés disfrutando haciendo lo que te gusta, aunque ya sabes lo que pienso del copyright de las canciones… Son tuyas, papá, no de Victoria.

_Alex, cariño. Ya hemos discutido bastante sobre ese tema…

_Y no pienso volver a hacerlo; ya lo tengo asumido. En realidad sólo he llamado para charlar contigo y contarte que he encontrado un trabajo en la playa como asistenta de cocina en un restaurante muy conocido. Estoy aprendiendo muchas expresiones coloquiales, que es lo que no enseñan en las academias.

_Te noto contenta.

_Estoy muy muy muy contenta.

_Me alegro, hija. Me gusta que estés feliz. Eres lo que más me importa en

esta vida.

Mi padre pronunció su pequeño discurso con tristeza. Tuve la impresión de que estaba llorando.

_Papá, ¿te pasa algo?

_Sí. Me pasa algo…

_ ¿Estás peor? _pregunté aterrorizada.

_No, Alex. Parece ser que de salud me mantengo estable… Lo que ocurre te lo dije por carta porque soy un cobarde, pero veo que no te ha llegado, y la verdad es que no me extraña. Le pedí a Victoria que la echase al buzón cuando salía de casa y supongo que no lo hizo… Debí imaginármelo; soy un calzonazos y el mayor de los cretinos.

Me dieron ganas de darle la razón, pero me reprimí.

_Papá, no te andes por las ramas; me quedan sólo treinta pesetas y no veas cómo se traga este teléfono las monedas.

_Pero no te enfades, te lo suplico… Me casé el sábado pasado con Victoria. Te escribí para que fueses mi madrina en mi boda.

Me quedé anonadada.

_ ¿Por qué tanta prisa? _inquirí con la voz quebrada.

_Porque está embarazada y no podía abandonarla a su suerte…

Antes de que me diese tiempo a reaccionar, se cortó la conferencia.

Moví la cabeza de un lado a otro con incredulidad y rabia.

"¡Maldita! ¡Maldita! La zorra se ha salido con la suya" _bramé para mis adentros.

Sin embargo no estaba enfadada con papá, sino apenada. Me había dado la sensación de que comenzaba a conocerla, e incluso había oído cómo le plantaba cara cuando había querido impedirle que hablase conmigo. Pero estaba atrapado. El hijo que esperaba aquella trepa también era suyo, y mi futuro hermano.

Sentí el impulso de llamar a Gregory y desahogarme con él, pero de repente me sentí ridícula. Yo no significaba nada para él. Gregory ya tenía encauzada su vida, una novia a la que quería, y su trabajo. Yo tan solo era una chica que andaba dando tumbos sin saber qué quería, ni qué

hacer con mi persona. ¿Cómo era capaz de juzgar a mi padre si yo era tan absurda y patética como él?

***

Al día siguiente me presenté a las nueve menos cuarto en El Rincón de la Vicenta.

El establecimiento estaba aún a oscuras, pero me dirigí a la entrada con la idea de llamar al timbre, ya que seguramente Gregory estaría ya en su despacho. Sin embargo di marcha atrás, pues recordé que su novia se enfurecía por el hecho de que él hablara con otra mujer, y probablemente estaría a punto de llegar.

Opté por permanecer sentada en la barandilla de la terraza hasta que poco después, coincidiendo con la llegada de los dueños, el recinto se iluminó y Gregory salió al exterior, donde se dispuso a presentarme con mucha formalidad a su familia política.

Me saludó sin mirarme, ni dedicarme un gesto cordial. El muchacho alegre y jovial que me había acogido de buen grado el día anterior se había esfumado y se había transformado en un hombre joven de semblante adusto y serio.

Don Tomás, un hombretón calvo, alto y gordo, cuya barriga colgaba por encima del pantalón que llevaba sujeto por dos tirantes elásticos, cerró la puerta de su impecable Seat 131 Supermirafiori. Del otro lado del vehículo salió doña Vicenta, una mujer bajita y gruesa de pelo cano y nariz aguileña.

Don Gregorio, como así me había pedido que le llamase en presencia de otras personas, me presentó al matrimonio.

Observé que don Tomás, con una mueca jocosa, le daba un ligero codazo a su futuro yerno mientras le susurraba por debajo de su espeso mostacho: “¡Pedazo de tetas! ¡Buena elección!”.

Gregory se sonrojó pero permaneció impasible. Supuse que las risotadas que había oído al otro lado del auricular el día anterior se habrían debido a alguna pregunta impertinente por parte de su suegro acerca de mi apariencia física.

_ ¿No ha venido Carmencita con vosotros? _preguntó Gregory a sus

suegros.

_No. Carmencita se ha quedado en misa. Nosotros hemos venido un poco antes hoy para conocer y aleccionar a Miss Lowell, aunque estoy seguro de que lo hará muy bien _manifestó el dueño, con una sonrisa lasciva.

Doña Vicenta parecía avergonzada por el comportamiento grosero de su esposo.

_La señorita Alejandra se va a venir conmigo a la cocina _declaró con firmeza_. Y no quiero verte merodear por allí, Tomás, que te conozco _gruñó.

_Está bien, está bien, mujer. Sólo quería poner un poco de humor a la mañana _murmuró.

_Por si acaso…

_ ¿Has visto que carácter tiene mi señora, Alejandra? _prosiguió desafiante_. Cuidado, que no se anda con chiquitas; a la mínima te suelta un sartenazo como en los tebeos de Mortadelo y Filemón… Y espera a conocer a mi hija. La niña se habría metido a monja de no haber aparecido el Gregorio por aquí. A veces me da pena y todo el jodío. Mi Carmencita lo tiene a dos velas _se desternilló.

Gregory permanecía callado, pero su rostro estaba enrojecido de ira.

Don Tomás le observó extrañado.

_Qué callado estás hoy, Gregorio. No me sorprende; la nueva te ha dejado mudo, ¿eh? _dijo, guiñándole un ojo con un gesto de complicidad.

_Mudo te voy a dejar yo a ti de un tortazo _replicó su mujer.

_ ¡Anda! Vámonos arriba antes de que la parienta me eche una olla hirviendo en la cabeza _instó a Gregory.

Don Tomás puso el brazo sobre el hombro de su futuro yerno y, dando media vuelta, se encaminaron hacia la escalera de caracol.

_ ¡Qué paciencia hay que tener! _murmuró doña Vicenta siguiéndoles con la vista, de pie con los brazos en jarras_. No quiero que te lleves una mala impresión de nosotros, Alejandra. Mi marido es un bocazas y no voy a consentir que te incomode. En cuanto a Gregorio, normalmente es un chico muy hablador y risueño, aunque hoy te haya parecido un maleducado. Creo que no sabía muy bien cómo comportarse porque mi hija, que es su novia, es una beata de tomo y lomo, y como le vea cruzando una palabra contigo es capaz de arrancarle los ojos… Y ahora,

manos a la obra y al tajo.

Ya en la cocina, doña Vicenta me proporcionó una cofia y un delantal, y me informó de que ponérmelos sería lo primero que haría en cuanto atravesase la puerta.

_Ve limpiando la sepia y los calamares. Después corta la sepia en trozos cuadrados y los calamares en anillas. Cuando termines, ponte a limpiar el pescado sacándole bien las tripas. No pienses que es suficiente con meterlo bajo el grifo. ¿Sabrás hacerlo?

_Claro, doña Vicenta.

Tardé media hora escasa en llevar a cabo mi cometido. La dueña parecía estar satisfecha con mi trabajo y de vez en cuando me sonreía dando muestras de aprobación. Al contrario de lo que había esperado, por las referencias que Gregory me había dado de ella, doña Vicenta me pareció una mujer de hablar áspero, que se esforzaba por ser amable.

_Bien, Alejandra. Ahora ponte a cortar los ajos, saca el garrofón de sus vainas y parte las bachoquetas en trozos de ocho centímetros.

_ ¿Las bachoquetas?

_Si, dona. Las judías verdes planas para las paellas.

_ ¡Ah! Lo siento…

_Es normal, filla. Demasiado bien hablas para ser extranjera. ¡Sí parece que hayas pasado tu vida aquí!

_Gracias… doña Vicenta... ¿Está usted sola para hacer tanta comida?

_Como si lo estuviera. Mi hija debería estar aquí ayudándome, pero siempre tiene alguna excusa para aparecer más tarde. Ahora está preparando el ajuar para su boda y se pasa el día de tienda en tienda.

_ ¿Cuándo se casa?

_En marzo.

Sentí una punzada de celos en el estómago, que intenté disimular con éxito.

_Debe ser mucho trabajo para una sola cocinera. ¿Se llena mucho el local?

_Ya lo creo. En verano estamos hasta arriba. Hay que preparar los aperitivos y la comida. Hace dos semanas se despidió, sin previo aviso, el pinche que me ayudaba, y hasta que no has llegado tú, porque con Carmencita no puedo contar y mucho menos con mi marido que es un holgazán y un miserable, he tenido que apañarme yo con todo.

_Yo podría ayudarle también con las comidas _me atreví a sugerir_. Llevo cocinando desde que era muy niña… Ya sé que la gastronomía inglesa no tiene nada que ver con la española, pero en mi casa siempre hemos llevado una dieta mediterránea, y probando, aprendí a hacer todo tipo de arroces, fideuá, y tapas al estilo que los hacen ustedes en Valencia… con limitaciones, claro. En mi país es imposible encontrar todos los ingredientes.

_Eres una caja de sorpresas, xiqueta, pero comprenderás que no me basta con fiarme de tu palabra. De todos modos, mira por donde, voy a darte una oportunidad: tú te encargarás de los arroces para dos raciones y yo del resto…, más que nada por si te salen una bazofia, que no se eche a perder mucha comida. Fíjate en cómo lo hago yo y no dudes en preguntarme.

_Es usted muy amable. Muchas gracias.

_Otra cosa, Alejandra. No me des las gracias cada vez que hablo porque haces que me sienta incómoda; supongo que no estoy acostumbrada a que nadie me agradezca nada… Vamos a ver si entre las dos nos apañamos… ¿Dónde se habrá metido mi hija? Ésta me va a oír.

Dos horas después, Carmencita, una muchacha rubia de unos veintidós años, mediana estatura, complexión delgada y rostro angelical, irrumpió en el recinto y saludó a su madre con un beso.

_ ¡Vaya unas horas de aparecer! ¿Se puede saber dónde te habías metido?

_ ¿Quién es ésta? _preguntó señalándome con el dedo.

_ ¿No te enseñaron modales las monjas? Esta chica se llama Alejandra y si no fuera por ella llevaríamos tanto retraso que tendríamos a los clientes haciendo cola pidiendo el libro de reclamaciones. ¡¿Dónde demonios estabas?!

_No mentes al diablo, mamá. He estado recorriendo todas las tiendas de Valencia probándome vestidos de novia. Voy a ser la novia más bonita del mundo.

Carmencita me pareció una maleducada, estúpida y cursi. Al escucharla sentí vergüenza ajena y, a pesar de los celos, un profundo pesar por

Gregory.

_ ¿No quedamos en que te acompañaría? _preguntó su madre.

_Quería escogerlo yo sola sin escatimar presupuesto, y tú me lo habrías impedido.

_Pues ya te andarás con tiento, no vaya a ser que te lo descuente de tu paga.

_Tranquila, mamá. He visto uno precioso por doscientas mil pesetas. Estaba de rebajas.

_ ¡Jesús, María y José! _exclamó la mujer llevándose las manos a la cabeza_. ¿Y cuánto costaba sin rebajar?

_Cuatrocientas mil. Es una ganga. Lleva incrustaciones de piedras preciosas en la pechera y el cuello.

_Ya hablaremos de eso en otra ocasión; ponte el mandil.

_Tenemos que hablar ahora. He dejado una señal de diez mil pesetas a fondo perdido si no vuelvo. Me lo he probado y me queda perfecto; sólo me tienen que encoger un poco el bajo.

_Ya te apañarás con tu padre, yo no quiero saber nada. ¡Hala!, a trabajar.

Carmencita se puso el delantal enfurecida.

Mientras duró mi jornada laboral, doña Vicenta se deshizo en elogios hacia mi persona. Decía haber encontrado en mí a una cocinera eficiente que aligeraría su batalla diaria entre fogones.

Sin pensárselo dos veces degradó a su hija a la condición de pinche. Enseguida noté en ella un resquemor y un sentimiento de enemistad hacia mí, al que no di importancia. Estaba tan acostumbrada a bregar con la hostilidad del prójimo que ni me inmuté.

No obstante, era consciente de que si quería seguir manteniendo mi puesto de trabajo, tendría que mentalizarme de que tenía que apartar a Gregory de mis pensamientos y concentrarme en el objetivo que me había traído a España: aprender todo lo que estuviera en mi mano para ponerme mi pequeño negocio de comida española para llevar, en Londres.

***

A mediados de septiembre la clientela del restaurante disminuyó de forma drástica. Sin embargo, conservé mi empleo, aunque sólo trabajaba los viernes y fines de semana.

Mis convecinos del bloque de apartamentos del Vedat fueron desapareciendo paulatinamente de sus pisos para regresar a la ciudad, pues comenzaba el curso escolar y las familias ya habían vuelto a su rutina laboral.

Los porteros también hicieron sus maletas rumbo a Almansa, su pueblo de origen, pues sus vacaciones comenzaban cuando terminaba la temporada estival.

Por fin me había quedado sola en el edificio.

Los días de diario me deleitaba tomando el sol en topless, mientras leía un libro tumbada sobre una toalla que extendía en el jardín. Después me bañaba en la piscina con la melena suelta aprovechando que nadie me veía. Eran los últimos coletazos del verano, el agua comenzaba a estar helada.

Empezaba a tener mucho tiempo libre. Mi padre me escribía regularmente, y yo releía sus cartas una y otra vez, aunque nunca me contase nada trascendente. Jamás mencionaba en ellas a Victoria y su embarazo, ni me hablaba del conjunto musical; casi lo prefería.

Tía Mavis también me había escrito contándome que se había echado novio y llevaban intención de casarse. Él era un acaudalado empresario de farmacia que elaboraba, entre otros medicamentos, un conocido spray nasal. Me decía que había vuelto a ser feliz y yo me alegraba por ella. Intenté llamarla por teléfono para darle la enhorabuena, pero nunca la encontraba en casa.

Observé que la mayoría de los días no cruzaba palabra con un ser humano, por lo que a menudo leía en voz alta por el mero hecho de escuchar mi voz. Alguna vez me embargaba la tristeza y el deseo de regresar a Londres y ver a papá, a quien echaba mucho de menos. Incluso había considerado intentar conquistar a Giovanni a mi retorno, pero mis anhelos y elucubraciones terminaban siempre con la ingrata imagen de Victoria en mi mente, e inmediatamente mis propósitos se desvanecían.

***

El último viernes de septiembre llegué más temprano de lo habitual al trabajo. El horario de autobuses del Vedat y el Perellonet había sido modificado y ahora pasaban con menos frecuencia, por lo que tenía que levantarme una hora antes que en los meses de julio y agosto para poder llegar puntual al restaurante.

Durante el verano había sido de gran ayuda a doña Vicenta, hasta el punto de haberme convertido en su mano derecha y persona de confianza, dejándome incluso al mando de la cocina mientras ella se ausentaba, lo cual sucedía cada vez más a menudo.

En septiembre mi responsabilidad se hizo aún mayor, pues la jefa había delegado por completo en mí y había decidido quedarse en su casa.

Don Tomás acudía de cuando en cuando al establecimiento, pero nunca se quedaba mucho tiempo; el hombre dedicaba muchas horas del día a pescar con los amigos y aparecía casi a la hora de cerrar para meter en el congelador el fruto de su afición.

Carmencita era el único miembro de la familia que acudía asiduamente al Rincón de la Vicenta, pero acostumbraba a llegar sobre las doce del mediodía en su Simca 1200 y subía directamente a la segunda planta para hacer compañía a Gregory mientras él realizaba sus tareas de oficina. A la hora de comer, un camarero recién llegado y él, atendían las mesas. Entretanto, ella se dedicaba a observarle y ser su sombra cuando llegaba alguna clienta de buen ver. Yo no había vuelto a cruzar palabra con él, exceptuando un “gracias”, por mi parte, cuando me entregaba el sobre con el sueldo.

Mi puesto de pinche lo había ocupado un muchacho de dieciocho años, apático, lento y gandul, que venía a ayudarme cuando había mucha faena.

Doña Vicenta me había entregado una llave del local para que no tuviera que esperar en la calle si alguna vez era la primera en aparecer. Hoy había llegado exageradamente temprano, aunque Gregory parecía haberlo hecho aún antes que yo. Su Citroën Dos Caballos estaba aparcado delante del establecimiento. Dudé si llamar a la puerta, pero decidí no molestar. Él solía abrirme desde su despacho, con el portero automático, y yo entraba directamente a la cocina. Pero hoy me apetecía tomarme algo tranquilamente en una de las mesas del comedor, antes de ponerme a

trabajar.

Introduje la llave en la cerradura y entré en el recinto, que aún estaba a oscuras. Cogí una Coca-Cola de la nevera y me puse una ración de aceitunas rellenas de anchoa.

Cuando terminé me di cuenta de que él me estaba observando desde el rellano de la planta superior.

_Curioso desayuno, Al _me dijo con simpatía_. Si hubiese sabido que llegarías hambrienta, te habría guardado unos churros.

Me sorprendió que volviera a dirigirse a mí con amabilidad, y mucho más que lo hiciera con la mínima expresión de mi nombre: Al. Era una abreviatura demasiado familiar para alguien que tan solo había intercambiado conmigo unas cuantas frases en el espacio de tres meses. No dejaba de ser curioso. Me pregunté si habría pensado en mí alguna vez, pues yo en mis fantasías le llamaba Greg. No tenía remedio; sin querer me estaba volviendo a hacer ilusiones por algo que sólo existía en mi imaginación.

_No quería importunarle, don Gregorio _declaré con deliberada frialdad_. Doña Vicenta me dio la llave hace unos días y hoy me he decidido a usarla.

Gregory descendió la escalera y se situó frente a mí, ligeramente cohibido.

_ ¿Por qué me llamas don Gregorio? Ahora estamos solos. ¿Estás enfadada conmigo? Ya te avisé de que en presencia de Carmencita no podría ni mirarte.

_A veces me has negado el saludo sin estar ella presente, pero disculpa… ¿Quién soy yo para reprocharte nada? Sólo soy una empleada y en cierto modo tú eres mi jefe; por eso te debo respeto y te doy el tratamiento de don Gregorio. Es lo normal, ¿no?

_Perdóname, Alexandra. Sé que a veces te he podido parecer grosero, pero me entenderías si tuvieras idea del suplicio que puede llegar a ser tener a mi novia enfurecida durante un montón de días, sometiéndome a interrogatorios eternos y haciéndome jurar que sólo tendré ojos para ella.

Gregory ya no me daba la impresión de ser el muchacho feliz y risueño, ansioso por celebrar su boda con su novia, y dispuesto a acatar sus órdenes absurdas sin rechistar. Algo en él había cambiado. Sin embargo era obvio que no se planteaba hacerle razonar ni romper su compromiso.

_No hay nada que perdonar, Gregory. Supongo que te entiendo. Me recuerdas a mi padre. Él es tan condescendiente con su mujer como tú. Se casó hace un mes de penalti con una chica española que trabajaba en casa de mis vecinos. Ella tiene sólo dos años más que yo.

_Y supongo que no te habrá hecho ninguna gracia; no hay más que ver la cara que has puesto al decirlo.

_No, no me la ha hecho. ¿Para qué voy a mentirte? Si conocieras a esa trepa lo entenderías.

_Carmencita no es una trepa y está enamorada de mí.

_No me malinterpretes; estaba hablando de mi padre, no de ti _espeté malhumorada_. Y ahora, si me disculpas, creo que es hora de que me vaya a la cocina _dije con voz ronca al tiempo que me levantaba.

_ ¡Al!, ¡joder! No seas tan susceptible. ¿Se puede saber qué te pasa?

_Nada, Gregory. Puede que me esté portando como una amargada; no me hagas mucho caso.

Él me cogió de la mano y me llevó de vuelta a la silla.

_Alexandra, puedes desahogarte conmigo si lo necesitas. Faltan más de dos horas para que abramos el local, y los viernes no suele venir un alma. ¿Por qué no subes a mi despacho en vez de quedarte aquí sola a oscuras, o meterte en la cocina cuando quizás no entre nadie en todo el día?

_No creo que sea lo correcto… y Carmencita sí que suele venir.

_Pero no tan pronto… Además, sólo estaba haciendo las quinielas. Voy a ir a echarlas al quiosco en cuanto abran porque luego, igual no puedo salir y cierran a las tres. Tengo boletos para los dos. Vamos, te invito a una.

_ ¿Qué es una quiniela?

_ ¡¿No has oído hablar nunca de las quinielas?!

_No.

_ ¡Claro! No me acordaba de que en Inglaterra no hay quinielas… Ven conmigo; te explicaré lo que hay que hacer.

Gregory me volvió a coger de la mano y dejé que me condujera de ese modo por la escalera hasta su oficina. Él se sentó en su sillón, y yo frente

a él.

_ ¿Sabes que si aciertas una de catorce te puedes hacer millonaria?

_No caerá esa breva.

_Todo es posible, no creas. Hay quien se ha llevado más de cien millones de pesetas.

Gregory se desplazó en su silla hasta uno de los muebles de cuatro cajones que se hallaba situado en la esquina de su despacho. De él sacó dos boletos de papel cuadriculado autocopiables y me dio uno. Después rebuscó en el cajón y sacó un bolígrafo azul. En el lateral, en letras de colores, estaba grabado el nombre de la fábrica de mi padre y sus hermanos: Magic Colours. Me pregunté una vez más cómo era posible que papá me hubiese dicho en alguna ocasión que la empresa tenía pérdidas, cuando estaba claro que sus artículos se exportaban como mínimo a toda Europa.

_Coge este boli. Verás que en el boleto hay varias columnas. En cada una de ellas hay catorce líneas con tres casillas. El domingo se jugarán catorce partidos de fútbol. Tienes que acertar qué equipos van a ganar. Por ejemplo: aquí pone Real Madrid – Atlético de Bilbao. Si crees que ganará el Madrid pones un 1 en la primera casilla, si piensas que empatarán, una x en la segunda, y si crees que ganará el Atlético de Bilbao pones un 2 en la tercera. ¿Entiendes de fútbol?

_Nada en absoluto. ¿Cómo voy a acertar catorce resultados? ¡Imposible!

_No importa; el no ya lo tienes.

_ ¿Sólo puedo señalar una opción?

_No. También puedes hacer apuestas dobles, e incluso triples, pero eso cuesta un pastón, dependiendo de las que pongas, claro. Yo como máximo hago tres dobles.

_Vale.

_Cuando termines pon tu nombre, aunque no es necesario. Luego iré a echarla y te entregaré el resguardo. El domingo, cuando finalicen todos los partidos sabrás si eres millonaria _rió_. El año pasado acerté una de trece en la que sólo hubo un acertante de catorce y me compré el coche y una televisión. En cambio en febrero hice una de catorce y sólo me dio para unos vaqueros. Si te toca, podrás ponerte tu local de comidas para llevar, o un restaurante… ¿Cómo lo llamarías?

_Nunca lo he pensado… ¿El Rincón de la Alexandra? _bromeé.

_Eso suena muy mal. ¿Qué te parece algo así como "El sueño de Alexandra" o "Al´s Spanish Food"? Soñar es gratis, ¿no?

_No es un sueño; es algo que haré algún día con o sin quiniela. Y vete a saber; hay un refrán que dice: "Afortunado en el juego…

Me detuve en seco. No quería que Gregory pensase que era desgraciada en amores.

_"… desgraciado en amores" _continuó él_. Según ese refrán, ¿cuantos aciertos tendrías?

_Eso es muy personal.

_Vamos, Alexandra; eres tú quien ha empezado el refrán.

_Un pleno _le confesé_. ¿Y tú, Greg? Supongo que puedo llamarte Greg… en privado…

Claro –respondió con una sonrisa. En cuanto a tu pregunta, no sé qué decirte. En este momento no sé si soy afortunado en amores. Hace poco lo tenía muy claro, pero me caso en marzo y cada día tengo más miedo y más dudas sobre mi matrimonio con Carmencita.

No quise indagar en el porqué de sus dudas. Lo último que quería era volver a ilusionarme con él. Decidí no sonsacarle nada.

_Vamos, Greg; échame una mano con la quiniela.

***

Otoño, 1981

Era inútil. Cualquier atención por parte de Gregory hacía que se tambalease mi firme principio de no enamorarme jamás.

Los meses de octubre y noviembre, de lunes a jueves, habían transcurrido deseando que llegase el viernes para pasar un rato junto a él en su despacho, haciendo quinielas, lo cual se había convertido en una

agradable rutina.

Greg era un gran aficionado al fútbol y solía leer todos los días en los periódicos la sección de deportes. En cambio yo siempre hacía la misma combinación: 1x21x21x21x222.

A Gregory le hacía gracia mi forma de apostar. Decía que las probabilidades que tenía de que tocase esa quiniela eran nulas. Yo argumentaba que tenía exactamente las mismas posibilidades que él con las suyas. Él reconocía que, aunque estadísticamente era cierto, dudaba que llegase a tener más de siete aciertos.

Me aconsejó que, por si acaso, puesto que me sabía de memoria la combinación, no dejase de hacerla y se ofreció a llevarla todos los viernes al quiosco, donde él echaba la suya; después me entregaba el resguardo y yo le pagaba el boleto a pesar de sus negativas y protestas por cobrármelo.

Aquel viernes de diciembre había amanecido nublado. El cielo lucía de un gris oscuro, casi tenebroso, y hacía frío. Aunque aún no llovía, el día era desapacible y sabía con certeza que nadie entraría en el restaurante; quizás, incluso estuviese cerrado. Había estado tentada en llamar a Greg para decirle que no iría a trabajar, pero mi deseo de verle, aunque fuese sólo durante unos minutos desafiaba todos los fenómenos de la naturaleza, aun siendo consciente de que él no me correspondía. Me enfundé en un grueso jersey y un chubasquero, salí de casa, y me presenté hora y media después en el establecimiento.

El coche de Greg estaba aparcado, como de costumbre, en la acera de enfrente. Entré en el local y subí directamente a su despacho. Estaba vacío.

Le llamé varias veces en vano y le busqué por el recinto, pero no respondía. Allí no había nadie. Supuse que se habría ausentado para ir al Perelló a echar las quinielas, pero era extraño que no hubiese cogido su automóvil, pues el pueblo se hallaba casi a cuatro kilómetros de distancia, y el tiempo, inclemente, no invitaba a caminar.

A pesar del frío desgarrador, decidí atravesar la playa y hacer tiempo hasta que volviera, dando un paseo por la orilla del mar. A lo lejos se veía el oleaje embravecido: un panorama tan sobrecogedor como espectacular que me atraía por su agitada hermosura.

Me puse la capucha, me subí el cuello del jersey, y anduve por la arena. En la distancia vislumbré una figura ataviada con un anorak y un gorro de color oscuro que miraba hacia el horizonte: era Gregory. Encaminé mis pasos hacia él. Era curioso que, como yo, hubiese decidido acercarse a la

orilla en un día tan gélido y desapacible.

A escasos metros de él pronuncié su nombre, pero ni se inmutó. Era imposible que no me hubiese oído. Le vi temblar, aterido de frío.

_Hola, Greg.

_Vete, Alexandra _me pidió con semblante taciturno.

Miré a mi alrededor pensando que quizás temiese que alguien nos viera juntos, pero no había un alma. Intenté situarme frente a él y preguntarle mirándole a los ojos el porqué de su extraño comportamiento, pero se giró bruscamente y me dio la espalda.

_ ¿Qué ocurre, Gregory? ¿He hecho algo que te haya molestado? _pregunté aturdida.

Me entregó el resguardo de mi quiniela, sin mirarme, e insistió en que me marchara.

_Greg, no quiero que pienses que soy una pesada o que te estoy acosando. Me he acercado a la playa porque no había nadie en el restaurante y pensé que como hacía mal tiempo quizá no abrieras, pero tenía que esperar por si te habías retrasado y decidí dar un paseo.

_No has hecho nada, Al. Me apetece estar solo; eso es todo.

_Comprendo…

En realidad no comprendía nada.

_En ese caso, me voy a casa _balbuceé_. Si vienen los dueños diles cualquier cosa. Nos vemos mañana.

_Adiós, Alexandra.

Apenas había caminado unos metros, el cielo gris se oscureció simulando la noche, el ambiente se ionizó y comenzó a diluviar. Un rayo cayó a escasa distancia de nosotros, causando un ruido atronador que resonó como un latigazo en mis oídos. El pánico me paralizó. Por más que mi mente le gritaba a mis piernas que anduviesen se negaban a obedecer.

Vi a Gregory que corría hacia mí con el rostro desencajado. Estaba tan aterrado como yo, pero supo dominar su miedo y pensar con claridad. Sin vacilar, me empujó hacia el suelo y se tumbó boca abajo junto a mí. Luego puso un brazo sobre mi espalda y mi cabeza, presionando sobre la arena, para impedir que pudiera moverme. Le observé con los ojos muy

abiertos incapaz de articular palabra.

La tormenta estaba de lleno sobre nosotros. Los rayos cruzaban de un lado a otro por encima de nuestros cuerpos. De vez en cuando se estrellaban sobre la tierra mojada. Intenté liberarme de él y salir huyendo.

_No te muevas, Al. Si nos ponemos de pie haríamos de pararrayos.

Apenas podía oír su voz. Los oídos me dolían por el ruido ensordecedor que producían los truenos.

_Tengo mucho miedo. Vámonos de aquí _le imploré.

_No podemos. La tormenta pasará pronto… espero. El año pasado murió un turista en esta misma playa fulminado por un rayo; estaba de pie mirando el mar. Si seguimos tumbados, no nos pasará nada.

_Razón de más para salir corriendo. Vámonos, Greg _supliqué con la voz entrecortada.

Gregory acercó su cara a la mía y pude sentir el cálido aliento de su boca.

_I love you, Al _susurró en inglés.

_I love you too _respondí desconcertada, cavilando si habría utilizado nuestra lengua materna por si la expresión resultaba más sincera, o todo lo contrario.

Greg me besó suavemente en los labios.

Ahora, más que nunca, deseaba vivir. Gregory me había dicho que me quería, y durante aquel escaso segundo me sentí dichosa a pesar de ser consciente de que probablemente fuera la primera y última vez que le oyera pronunciar esas palabras si no nos poníamos a cubierto. Me aterrorizaba quedarme allí más tiempo; no podía dejar de temblar.

La tormenta se resistía a abandonar el área de la costa en la que Greg y yo yacíamos abrazados con el agua de la lluvia calada hasta los huesos.

_Esto no tiene pinta de ir a menos _reflexionó Greg_. Intentaremos llegar al restaurante arrastrándonos despacio por la arena sin despegarnos del suelo. ¿Crees que podrás?

Asentí con la cabeza.

Recorrimos la distancia que nos separaba del inmueble, impulsándonos con las piernas y los brazos, manteniendo todo el tiempo el cuerpo en

contacto con la superficie.

Un cuarto de hora después llegamos al Rincón de la Vicenta. Llevábamos rozaduras en las manos, y los pies doloridos de arrastrarnos entre piedras, conchas de moluscos, y arena. Nuestro cuerpo y nuestra ropa estaban cubiertos de barro de los pies a la cabeza.

Nos resguardamos bajo la techumbre de paja de la terraza y nos sentamos unos instantes a descansar en el suelo con la espalda apoyada sobre el muro.

_ ¿Qué hacemos ahora, Greg? No podemos entrar así; lo pondríamos todo perdido.

_No te preocupes; no creo que ponga nadie hoy los pies aquí. Los dueños ya no vienen, a no ser que sea un día de mucho trabajo... y Carmencita no sale los días de lluvia porque se le riza el pelo _comentó con una mueca sarcástica_. De todos modos, echaré la llave y pondré el cartel de cerrado, entraremos en el reservado de mi suegro y encenderé la calefacción para darnos una ducha.

"Carmencita" _pensé decepcionada. Por un breve espacio de tiempo me había olvidado de su existencia. Momentos atrás Gregory me había dicho que me fuera, y poco después que me quería. Me tenía desconcertada, hecha un lío. Tenía la certeza de que no le era indiferente, pero estaba segura de que no dejaría a su novia por mí.

Meses atrás, Ian, mi loquero, me había advertido que si me enrollaba con un hombre comprometido ya sabía a qué me atenía: después de echar un polvo vendría el "si te he visto no me acuerdo". No obstante, Gregory no parecía tener intención de acostarse conmigo. Ahora que estábamos a salvo de la tormenta, habíamos vuelto al mundo real. Él parecía sereno, incluso indiferente. Tan sólo me había propuesto asearnos en las dependencias de don Tomás.

_ ¡Eh!, Alexandra _dijo cruzando las manos por delante de mi cara para llamar mi atención_. Te has quedado alelada; ¿entramos o qué?

_Sí, claro.

Él me ofreció la mano para ayudarme a levantarme. De pronto me percaté de que una de sus mejillas estaba abultada y enrojecida.

_ ¿Qué te ha pasado en la cara?

_Nada.

_La tienes hinchada y roja con la forma de los dedos de una mano… ¿Te has peleado con alguien?

Obviamente me estaba refiriendo a su prometida.

_No quiero hablar del tema. Vamos dentro o cogeremos una pulmonía.

Gregory abrió la puerta y subimos directamente a la planta superior, dejando detrás de nosotros un reguero de agua, y arena mojada.

Ya en el segundo piso, entró en su despacho y sacó de su cajón la llave de los aposentos del dueño.

_Tengo una copia por si alguna vez se le olvida traer la llave _me informó, como si tuviera el deber de justificarse_. Mi suegro tiene aquí un pequeño piso con dos habitaciones completamente amuebladas, una salita con sofá y televisor, y un cuarto de baño con una bañera enorme. Su mujer sólo entra aquí para limpiar.

_ ¡Vaya jeta!

La guarida de don Tomás era una especie de apartamento de lujo que abarcaba toda la parte izquierda de la segunda altura.

_Aquí está el cuarto de baño. Ve duchándote mientras enciendo la calefacción. Ya verás lo rápido que se calienta el recinto. Don Tomás no escatimó en gastos para acondicionar "su lugar de trabajo" _comentó con un ligero sarcasmo_. Mientras tanto cambiaré las sábanas de la cama y traeré toallas limpias… Supongo que querrás tumbarte un rato; se te ve cansada.

_ ¿No quieres bañarte tú primero? _le pregunté.

_No. Lo haré en cuanto termines tú. Si te da aprensión meterte en la bañera de mi suegro, te tranquilizará saber que nunca se ducha aquí. Más bien diría que no lo hace en ninguna parte por cómo apesta… Te dejaré las toallas colgadas del pomo de la puerta.

Estaba desilusionada. Estaba claro que a Greg no se le había pasado por la cabeza tener una aventura conmigo. Sin embargo, aunque aún llevaba el miedo en el cuerpo, la mente aún me daba para pensar que quería hacer el amor con Gregory aunque sólo fuera una vez, y aquella bañera de proporciones descomunales invitaba a mucho más que una ducha.

Me quité la ropa mojada y la dejé en el suelo. Entré en el baño, me quité la arena con el manípulo de la ducha y la arrastré hacia el desagüe. Después puse el tapón, dejé correr el agua, que salía con presión a

raudales y abrí la puerta.

Antes de que Greg volviera me había recostado en el bordillo y disfrutaba de un baño caliente y relajante.

_ Al, ¿ya has terminado? Te he traído las toallas.

_Pasa. Déjalas en el taburete.

Gregory abrió mucho los ojos, desconcertado.

_Veo que le has cogido el gusto al cuarto de baño de don Tomás –susurró, contemplando mi cuerpo desnudo cubierto por el agua y algo de espuma.

Observé con satisfacción que se resistía a retirar la vista de mí. Me puse de pie y decidí tentarle a compartir el baño. De repente había dejado de importarme que se fuese a casar en marzo o que pensase que era una chica fácil.

_Si quieres salgo ya y te dejo todo el espacio para ti, pero cabemos los dos… o si lo prefieres, puedo ponerme cara a la pared mientras te duchas; prometo no mirar _dije, dándome la vuelta y apoyándome sobre el alicatado de azulejos, inclinándome ligeramente hacia delante de forma que pudiera deleitarse en mi trasero firme y bien torneado.

_ ¡Oh! Alexandra. ¿Por qué me haces esto?

_ ¿Qué te estoy haciendo? Sólo te estoy dejando hueco _le aseguré, girando levemente la cabeza y mirándole con una sonrisa pícara.

Gregory se despojó precipitadamente de su ropa húmeda, que quedó esparcida por el suelo. Se introdujo en la bañera y me abrazó impetuosamente por detrás. Noté la dureza de su pene entre mis nalgas presionando con fuerza mientras me acariciaba mis pechos. Después separó mis brazos de la pared y me pidió que volviera a meterme en el agua. Quise darme la vuelta para besar sus labios, pero él me había forzado a ponerme boca abajo sobre la base de porcelana y se había situado sobre mí.

_Apóyate en las manos y las rodillas _me urgió con la voz entrecortada.

Temí que mi provocación se me hubiese ido de las manos.

_No quiero que me des por culo, Greg.

_Abre las piernas, cariño _insistió.

Intenté juntar mis nalgas, pero antes de que me diera cuenta había introducido su miembro en mi entrepierna, empujando y retrocediendo impetuosamente en mi interior con furia y desenfreno. Me sentí aliviada y disfruté de sus ardientes y placenteras embestidas, acoplándome a su ritmo.

_ ¿Te hago daño, Al?

_No, no, sigue, sigue…

Nunca había alcanzado tan pronto el orgasmo en mis anteriores relaciones. Deseaba que aquel momento no terminara nunca.

Gregory se corrió dentro de mí. Nos dimos la vuelta, retiró el pelo de mi cara y me besó con ternura. Permanecimos un buen rato en silencio, abrazados. No obstante, percibí la desazón en su semblante.

_ ¿Estás preocupado?

_Un poco. Sólo tienes dieciocho años y estoy comprometido. No puedo evitar pensar que me he aprovechado de ti. Me he dejado llevar y no he pensado en las consecuencias.

_Tranquilo; no eres el primero, no se lo diré a nadie y no voy a quedarme embarazada.

_ ¿Cómo estás tan segura… de lo último?

_Porque tomo anticonceptivos.

_No sabía que tuvieras novio.

_Y no lo tengo… Debes pensar que soy una zorra.

_ ¡Al! _protestó él_. No tengo ese concepto de ti.

_No importa… Puede que hasta sea verdad; a veces me acuesto con tíos a sabiendas de que no les volveré a ver.

_ ¿Y por qué lo haces?

_ ¿Por qué no? Soy consciente de que nunca tendré una relación seria.

_ ¿Cómo puedes decir eso con la edad que tienes?

_Porque me he llevado muchas decepciones y ahora todo me da igual.

Todo y todos.

La expresión de Gregory se tornó sombría. Observé que se sentía culpable y contrariado.

_El agua se está quedando fría _dijo para cambiar de tema_. Vamos a secarnos y después enjuagaré la ropa. No podemos vestirnos así. ¿Quieres descansar un rato en la cama? Ha sido una mañana ajetreada.

_ ¡Y tanto! No esparaba una mañana de amor y aventuras…

_Sexo y aventuras _me corrigió.

_Claro… Sexo y aventuras, quería decir.

_Porque yo no te quiero, Alexandra…

_Ya lo sé _afirmé, intentando disimular la tristeza_. ¿Sigue en pie lo de descansar en la cama?

_Eso sí. ¿Tienes otra cosa mejor que hacer?

_Podría irme a casa.

_No con la ropa mojada.

_ ¿Por qué no? Sigue lloviendo; es normal mojarse cuando está lloviendo.

_No quiero que te vayas, Al. Métete en la cama; enseguida iré yo. Necesito tenerte a mi lado.

_ ¿Por qué, si no me quieres?

_Al, por favor; no te vayas _me suplicó.

A pesar de mi orgullo herido decidí quedarme. Envuelta en una toalla, le ayudé a limpiar la bañera y los restos de arena que aún reposaban sobre la superficie. Después, en un armarito de metal situado en un rincón del recinto encontré un secador de pelo. Me resultó curioso, pues don Tomás estaba calvo.

Me sequé ligeramente el cabello y me introduje en la cama de mi jefe sin quitarme la toalla. Aunque ya no tenía frío, me acurruqué bajo la sábana y el edredón.

Gregory terminó de adecentar el baño, acercó dos sillas al radiador y extendió la ropa lavada sobre los respaldos. Después, aún desnudo,

levantó el cubrecama con la intención de tumbarse a mi lado.

_Quítate la toalla; está húmeda.

Se la di a regañadientes. Todavía conservaba un mínimo de amor propio.

_Las muñequeras también, Al. Están empapadas y llenas de arena. ¿Por qué no me las has dado para que las enjuagase? No quedan más sábanas y no quiero que Tomás note que hemos entrado aquí.

_ ¡No! –exclamé con una mueca de pavor, retirando las manos.

Gregory me observó desconcertado.

_ ¿No, por qué? Me he fijado en que no te las quitas ni para cocinar. ¿Son amuletos o algo así? No serás supersticiosa… He visto verdadero pánico en tus ojos cuando te he dicho que te las quitaras. Dámelas, Alexandra.

Me di cuenta de que seguiría insistiendo o incluso sería él mismo quien me despojase de ellas. Me vi acorralada. Se las entregué y mis cicatrices en las muñecas me delataron. Tuve que confesarle la verdad.

_Cuando tenía trece años intenté suicidarme. Hace mucho tiempo que me avergüenzo de lo que hice, pero estas marcas me acompañarán el resto de mi vida. Pensarás que te has acostado con una loca.

_Claro que no. No soy quien para juzgarte. Supongo que debiste tener tus motivos, aunque me cueste creer que una persona pueda llegar a estar tan desesperada como para quitarse la vida.

_ Créeme que los tuve. Ahora, en cambio, tengo un terror irracional a la muerte.

_No es irracional tener miedo a la muerte. Todos la tememos.

_Pero a mí no me gusta vivir. Me agota y me aburre… Cuando me corté las venas estuve dos días en coma y perdí mucha sangre. Casi no lo cuento, pero aún creía en el cielo, la felicidad eterna y todas esas sandeces que te inculcan de pequeña en el colegio. Yo no vi la luz; esa luz que dicen ver las personas que regresan a la vida cuando están a punto de cruzar la línea que les separa entre este mundo y el más allá. Cuando perdí el conocimiento sólo había oscuridad: la nada hasta el día en que me desperté.

_La nada es el objetivo de quien se suicida; supongo que también era el tuyo.

_Quizás en aquel momento sí. Mi vida era un desastre; aún lo es.

_Cuéntame por qué lo hiciste. Quiero saberlo todo sobre ti, Alexandra.

_Lo último que quiero es darte pena.

_No es eso. Quiero conocerte, Al. Siempre has sido un enigma para mí: eres la chica misteriosa que aparece continuamente en mis fantasías. La mujer que por más que intento sacar de mi cabeza se resiste a marcharse.

_No juegues conmigo, Greg.

_No lo hago…

Pero no me quería, o quería convencerse a sí mismo de que así era, o posiblemente me estaría utilizando a su antojo y después se burlaría de mí.

Gregory se aproximó hacia mí, me abrazó y volvió a besarme.

_Quiero conocerte _repitió en un susurro_. Deseo que te vayas y al mismo tiempo que te quedes. Has puesto patas arriba mi vida. Quiero saber el porqué de tu tristeza, tu pasado, qué es lo que te atormenta…

No supe muy bien por dónde empezar ni para qué. Le hablé de mi infancia solitaria, de mi madre, de quien no recordaba ningún momento de ternura, de Janet, la amante de mi padre, a quien quise como una madre, del día en que mis primos me humillaron y abandonaron en el parque de Hampstead Heath, de mi padre y sus peculiares negocios con sus hermanos, y finalmente de Victoria, su actual esposa. Gregory me escuchó con atención durante más de una hora.

Él me contó que casi toda su vida había transcurrido felizmente y sin sobresaltos. Como yo, Greg también era hijo único, pero su experiencia había sido diferente y nunca se había sentido solo. Siempre tuvo facilidad para hacer amigos, y aún conservaba algunos de su etapa de adolescente en Londres. También había hecho amistades en España y había tenido alguna que otra novia de juventud.

Cuando su padre decidió que la familia se trasladase definitivamente a Valencia para hacerse cargo del negocio de su abuelo, un bar de tapas en un pueblo próximo a Gandía, se matriculó en la facultad de Ciencias Empresariales, donde se licenció con veintidós años.

Antes de finalizar la carrera encontró su primer empleo en El Rincón de la

Vicenta, donde conoció a su prometida.

Ahora hacía dos años que su padre había muerto de cáncer. Su madre, natural de Escocia, había vuelto a su tierra donde volvió a contraer matrimonio.

Volvimos a hacer el amor dos veces más, más despacio y con ternura. Luego nos fundimos en un abrazo y permanecimos así, como si nuestros cuerpos fueran uno.

La noche anterior había dormido poco y la mañana había sido extraña y excitante. Estaba exhausta, pero tranquila. Cerré los ojos, pues necesitaba descansar antes de ponernos a limpiar el reguero de agua y arena que habíamos ido dejando por todo el establecimiento. Me quedé dormida. Tal vez había sido un sueño o mi propia imaginación, pero tuve la sensación de haber oído a Gregory decir "te quiero".

Los rayos del sol atravesaron resplandecientes la cristalera de la amplia ventana. Abrí los ojos despacio, los párpados me pesaban. Él seguía a mi lado contemplándome.

_Me he quedado dormida _observé asombrada.

_Ya me he dado cuenta. Luego las mujeres os quejáis de que los hombres, después de echar un polvo nos fumamos un cigarrito y nos dormimos.

_Lo siento. ¿Por qué no me has despertado?

_Me gusta mirarte.

_ ¿Qué hora es? Veo que al final ha salido el sol…

_Las tres de la tarde. Deberíamos comer algo y adecentar el local. Ahora hace buen día y podría entrar alguien. No podemos arriesgarnos más.

_Tienes razón. He perdido la noción del tiempo.

Nos vestimos con la ropa todavía húmeda y nos repartimos la tarea. Gregory limpió las dependencias de don Tomás y yo barrí y fregué las escaleras y el suelo por donde habíamos pisado. Cuando estaba a punto de terminar, Carmencita entró inesperadamente en el establecimiento. Habíamos olvidado poner el cartel de ABIERTO.

_Esta faena se hace nada más entrar, Alejandra _me recriminó_. ¿Qué has estado haciendo toda la mañana? ¿Y qué hace el restaurante cerrado

a la hora de comer? ¿Está mi novio por aquí?

_ ¿Quieres que te conteste en orden o tienes alguna prioridad? _pregunté con descaro.

_ ¿A qué viene esa arrogancia? Ándate con ojo, deslenguada… y háblame de usted. ¿Está Gregory aquí?

_Sí, debe estar arriba.

_ ¿Qué hacíais los dos solos con la puerta cerrada?

_Verá usted, doña Carmencita. Hoy ha hecho un día de perros y no ha entrado nadie. Hemos aprovechado para limpiar.

_Le ordené que no volviera a dirigirte la palabra _masculló.

_ ¿Y eso? No se enfade con él, señorita Carmencita. Comprenda que es mucho más rápido que me diga de viva voz lo que tengo que hacer, que si me lo escribe en un papel _declaré con sorna.

_Siéntate, Alejandra; tengo que hablar seriamente contigo y también con él.

_Como mande, señorita _respondí con fingido respeto y un matiz burlesco.

_ ¡Gregory! _vociferó ella con toda la fuerza que le confería su garganta.

Él salió al rellano, compuesto y bien peinado, pero le vi palidecer y percibí su rostro amedrentado.

_Voy enseguida, mi amor.

Bajó las escaleras corriendo, simulando alegrarse de verla. Se inclinó para besarla y ella le respondió con un bofetón. Él no dijo ni hizo nada. Increíblemente, bajó la cabeza y lo aceptó.

La escena me pareció patética. Sin duda la novia beata era una sádica, sin embargo en aquel momento pensé que él se lo merecía por no plantarle cara.

_Siéntate _le ordenó.

Él obedeció sin rechistar.

Carmencita se sentó entre los dos y comenzó a llorar de repente, sin que

brotasen lágrimas de sus ojos.

_ ¡Has vuelto a traicionarme! _aulló_. He venido a pedirte perdón por la bofetada que te di ayer, pero veo que sigues engañándome. No tienes remedio.

Gregory permaneció callado; parecía avergonzado. Yo les contemplaba boquiabierta.

_ ¡¿Es que no vas a explicarte?! ¡¿No vas a negarlo al menos?! _inquirió ella, furiosa.

_Te dije que no volveríamos a hacer quinielas y no las hemos hecho. ¡¿De verdad quieres saber lo que estábamos haciendo?! _preguntó, súbitamente airado.

_ ¡No, Greg! _le advertí.

Ella le propinó un golpe con tal ímpetu que Gregory comenzó a sangrar por la nariz.

_Sólo hemos estado limpiando _fue lo único que argumentó en su defensa.

Mi paciencia había sobrepasado el límite. No podía entender su debilidad.

_ ¿Vas a consentir que siga pegándote, Greg? _le interpelé.

_ ¿Qué puedo hacer? Nunca pegaría a una mujer.

_Nadie dice que lo hagas pero, ¿por qué no la mandas a hacer puñetas?

Carmencita se dirigió hacia mí, hecha un basilisco.

_ ¡Sucia ramera! ¿Quién te ha dado vela en este entierro? ¿Y qué son esas confianzas? Dirígete a tu jefe como don Gregorio o atente a las consecuencias.

_ ¿Qué me vas a hacer? ¿Zurrarme a mí también? No me hagas reír.

_ ¡Estás despedida! ¡¿Me oyes?! Puedes ponerte en una esquina, trabajar en un club de alterne, o pedir limosna en la puerta de una iglesia.

_ ¡Estúpida gilipollas! ¿Crees que me hace falta este trabajo de mierda?

Carmencita se abalanzó sobre mí con la mano en alto, hecha una energúmena, pero esquivé el golpe. Enfurecida, la agarré del brazo y la

lancé al suelo. Gregory la ayudó a levantarse y la consoló.

_Yo no tengo problemas en pegar a una mujer. Por mí podéis iros los dos al infierno.

Me dirigí hacia la puerta y salí a la calle con el corazón roto.

***

El sábado y el domingo no fui a trabajar, ni tampoco el fin de semana siguiente; tampoco había avisado a los dueños de que no tenía intención de volver a hacerlo.

Supuse que Gregory y Carmencita se las habrían ingeniado para poner a don Tomás y doña Vicenta al corriente de mi despedida, cualesquiera que fuesen los motivos que hubiesen aducido para justificar mi ausencia de un día para otro.

Habían pasado quince días y ninguno de ellos había telefoneado a los porteros para interesarse por mí, por lo que asumí que mi inexistente contrato había finalizado.

Reflexioné sobre mi estancia en España y concluí que mi permanencia allí empezaba a carecer de sentido. Mi día a día iba transcurriendo con triste monotonía. Desde del incidente en el restaurante había perdido el interés por las cosas con las que antes disfrutaba: hacía tiempo que no leía ni estudiaba, y el libro de recetas de cocina que había empezado a escribir entre semana, había quedado aparcado en una estantería desde que la novia de Gregory me despidió del negocio de sus padres con cajas destempladas.

Mi rutina diaria consistía en dormir hasta el mediodía, comer cualquier cosa enlatada que hubiera en la despensa, ver la televisión sin prestarle demasiada atención y salir a correr. Mi afición por el jogging era lo único que no se había resentido, sino todo lo contrario: me sosegaba. Cada vez le dedicaba más tiempo, llegando a recorrer diariamente más de cincuenta kilómetros, incrementando gradualmente la velocidad.

A menudo regresaba a casa mareada, exhausta y a punto de desfallecer. Necesitaba agotarme para no pensar en Greg y lo que nunca debió suceder.

Llegué sin aliento a la entrada del bloque de apartamentos de la avenida de San Lorenzo, realicé una serie de estiramientos y vi a doña Fuencisca,

la portera, que se aproximaba hacia mí.

_Buenas tardes, Alejandra. ¡Válgame Dios, que sudada llevas con el frío que hace!

_Hola, doña Fuencisca. Hoy he llegado hasta la otra punta de Valencia. La cuesta desde Torrente hasta el Vedat se me ha hecho eterna, pero creo que he batido mi record de velocidad.

_ ¡Cómo te envidio! Los días que tengo que ir a Torrente y pierdo el autobús de vuelta, llego reventada, echando el hígado y parando cada dos por tres… Y mi hija, con tu edad, igual que yo o peor. Es incapaz de bajar al supermercado si se me olvida algo. ¿Pues no va y me dice que está lejos? ¡Si sólo está a doscientos metros!

_Si alguna vez necesita algo, yo puedo traérselo; no me cuesta nada.

_Te lo agradezco, niña… y no te digo yo que no. Por cierto, que me dan cuerda, me pongo a hablar, y casi se me olvida a lo que venía: hay un hombre que pregunta por ti. Debe ser inglés. Quería esperarte en tu casa para darte una sorpresa, pero aunque tengo tu llave le he dicho que se quede en la portería con mi Cipriano. No me fío un pelo de nadie.

Inglés, pensé. Mi primer pensamiento fue Gregory.

_Ha hecho bien, doña Fuencisca. Debe ser uno de los jefes que tuve en el restaurante donde trabajaba. No quiero ver a nadie y mucho menos a él.

_ ¿Tu jefe era inglés?

_Bueno, el dueño es valenciano, de Pinedo, creo, pero el que lleva las cuentas es hijo de padre español y madre escocesa, aunque lleva mucho tiempo aquí.

_Entonces sabrá hablar castellano perfectamente.

_Sí, ni siquiera tiene acento.

_Entonces no es tu jefe. El hombre que está en mi casa apenas chapurrea unas palabras. Es un tipo raro. Va vestido con cazadora y pantalón de cuero negro y tiene el pelo rubio y largo. Aunque tiene cara de buena persona y parece educado, tiene muy mala pinta.

_ ¿Y tendrá unos cuarenta y seis años? _pregunté con ansiedad.

_Sí, más o menos. ¿Le conoces?

_Espero que sí. No lo sé. No puedo creer que mi padre esté aquí. ¿Ha venido solo?

_Sí, y se ha apoltronado en el sofá sin que nadie se lo haya ofrecido. No parece estar dispuesto a irse sin verte.

Dejé a la señora Fuencisca con la palabra en la boca y entré sin llamar en la pequeña vivienda que los porteros tenían asignada en la planta baja del tercer portal. Entré en el diminuto comedor, donde mi padre se esforzaba por charlar con don Cipriano chapurreando algunas frases en español.

_ ¡Papá! _grité, llena de alegría.

Mi padre se levantó de un brinco. Corrí hacia él y me subí de un salto a su cintura rodeándole con las piernas y agarrándome de su cuello con los brazos.

_ ¡Alex, ten cuidado, que me tiras! _aulló tambaleándose_. Bajé inmediatamente al suelo, le ayudé a estabilizarse y nos abrazamos.

_Papá, ¡es que me alegro tanto de verte! _manifesté llena de alegría, sin querer soltarle_. Vamos a casa.

Nos despedimos de los porteros, que nos contemplaban con lágrimas en los ojos como si hubiesen estado viendo una película trágica con final feliz.

Ya en el comedor de mi apartamento, sentados en el sofá con una Coca–Cola de dos litros y unas aceitunas sobre la mesa, le conté mi aventura española sin escatimar detalles; ni siquiera le oculté el acontecimiento del viernes en que me acosté con Gregory.

_ ¡Ay!, Alexandra. ¡Qué jodido es enamorarse! Con lo bien que estaríamos tú y yo solos en nuestra casa de Londres sin intrusos que alteren nuestra pacífica convivencia. Pero las hormonas nos dominan, a ti por joven y a mí porque se me acaba la juventud, y nos tienen a su merced convertidos en unos pobres desgraciados.

_Hacía tiempo que no te oía hablar así. No sabía que te considerabas desgraciado. Tú bebes los vientos por Victoria, que por cierto ya estará de seis meses, si no me equivoco.

_No, hija, no. Al parecer fue una falsa alarma con test de embarazo positivo incluido.

No pude evitar alegrarme. Intenté fingir, sin fortuna, que lo sentía.

_Vaya, papá; es una pena. Supongo que te hacía ilusión.

_La misma que a ti. No disimules, Alex que nos conocemos.

_ ¿Crees que abortó?

_No lo sé con certeza. Es posible, aunque lo dudo. Curiosamente, una amiga suya está ahora de siete meses; no me extrañaría que le hubiese prestado el artilugio.

_ ¿Quieres decir que te engañó? ¿Que pudo prestarle el predictor? Pero tú te casaste con Victoria por ese motivo…

_Esa fue la razón por la que me casé tan deprisa. Lo habría hecho de todos modos sólo con que ella me lo hubiese pedido.

_Veo que sigues enamorado. ¿Cómo se porta contigo? Supongo que ahora que no estoy von vosotros estará más tranquila.

__No lo está. Sigue tan absurda y déspota como siempre, y ya no sé si estoy enamorado o simplemente soy un cobarde por naturaleza… Mira las pintas que llevo. Es ella quien me obliga a ponerme esta ropa de motero cuando ni siquiera sé montar en bici. Y yo obedezco como un borrego… El disco que grabamos se está vendiendo en Gran Bretaña como nunca lo hubiera imaginado. Dimos nuestro primer concierto en el estadio de Wembley y fue todo un éxito: lleno total. Estuve en el teclado con los ojos y los labios pintados. Me sentía ridículo. Menos mal que cuando me pongo a tocar me olvido hasta de la vergüenza.

_ ¿Has venido solo a España?

_No. Vicky está pasando unos días en el pueblo con su familia. Afortunadamente para mí no quiere presentarme a sus padres porque soy un viejo: palabras textuales de mi querida esposa. Y ahora es cuando tú dices: ¿y por qué la aguantas?

_No quiero volver a lo de siempre. Hemos discutido mucho por ella y lo último que quiero es que te pongas en mi contra, así que pelillos a la mar porque luego siempre acabas defendiéndola.

_Entonces me daré por preguntado y te responderé que no la aguanto y estoy considerando muy seriamente divorciarme de ella.

_ i¿De veras?! _exclamé con grata sorpresa.

_Sí, pero no cantes victoria. Aún no sé cómo planteárselo.

_Tiene gracia lo que has dicho.

_ ¿Qué he dicho que tenga gracia?

_No cantes, Victoria.

_Muy graciosa. Yo no he puesto la coma _rió.

_Ahora en serio, papá. Si es verdad que quieres el divorcio, no tienes más que decírselo, buscar un buen abogado que consiga que no te desplume y seguir adelante.

_Es que no es eso lo único que quiero: me gustaría recuperar los derechos de autor de la letra y música de las canciones que he compuesto para ella.

_Eso lo tienes más crudo. ¿Puedo decirte que ya te lo advertí?

_Puedes. También puedes llamarme cretino y todo lo que se te ocurra porque me lo merezco.

_Va, papá. Olvídalo. Lo hecho, hecho está. Hay que mirar al futuro sin dejar que vuelva a manipularte y te convenza para que ella se adjudique la autoría de las próximas canciones que compongas… Por cierto, sigo pensando que Victoria canta como los grillos. ¿Cómo es posible que hayáis tenido éxito?

_Con los arreglos, las mezclas, los coros que anulan su voz, y grabando quinientas veces para después unir las partes donde no desafina. Cuando actuamos en directo lo hacemos en playback.

_Entonces ya no es directo.

_ Ya. ¿Has escuchado el disco?

_No lo he comprado.

_No es eso lo que te he preguntado. Me refería a si lo has oído. Lo digo porque la pieza que no deja de sonar en cualquier momento que pongas la radio o vayas de compras a cualquier centro comercial, por lo menos en Inglaterra, es Alexandra´s Song, y es instrumental en su totalidad.

_ ¿También la ha "compuesto" ella? _pregunté con cierta ironía.

_No. Es la única en la que figuro como autor. Victoria no quería incluirla en el álbum, pero la casa discográfica nos dejó bien claro que sin esa

canción no había disco.

_La he oído alguna vez en el hilo musical del restaurante donde trabajaba. A veces me emocionaba tanto que era incapaz de retener las lágrimas _le confesé.

_ ¿Por qué no vuelves a casa, Alex?

_Lo haría ahora mismo si estuvieses solo, pero sabes que no soporto a tu mujer y prefiero estar tranquila. Lo entiendes, ¿no?

_ ¿Estás segura de que ese es el motivo, o aún tienes la esperanza de que el tal Gregory anule su boda y venga a buscarte algún día?

_Algo de eso hay. ¿Tanto se me nota?

_A mí no puedes engañarme, Alexandra, igual que yo no puedo engañarte a ti… Cariño, hay que mirar al futuro, tú misma lo has dicho.

_Y en el futuro, si te divorcias, ¿seguirás con Victoria and the Wasps?

_Voy a retirarme. Al día siguiente del concierto de Wembley, tuve otra angina de pecho. No fue muy fuerte, pero lo suficiente como para tomármelo como un aviso. Voy a dejarlo todo. Incluso he planteado a mis hermanos venderles mi parte de la empresa. Si me hacen una buena oferta, la aceptaré. Con ese capital podremos poner el local de comidas para llevar que tanta ilusión te hace, incluso un restaurante.

_ ¿Por qué no me habías dicho que habías empeorado? _inquirí con desasosiego.

_Estoy bien, Alex. Te prometo que voy a cuidarme, no sufras.

_No puedo evitarlo, papá. Sólo te tengo a ti. Te quiero mucho _dije con tristeza.

_Yo también te quiero, hija. Siempre has sido la persona más importante de mi vida; no lo dudes ni un momento. Todo irá bien.

_ ¿Cuánto tiempo estarás en España?

_Mañana me iré a Madrid. He quedado en el aeropuerto de Barajas con Victoria pasado mañana para regresar a Londres… ¿Cuándo volverás tú, Alex? Tus tres amigas españolas han venido a casa en varias ocasiones preguntando por ti. La última vez, Victoria las espantó. Ahora les tiene miedo porque dice que cuando se las encuentra se ríen de ella y tiene que

cruzarse de acera.

_Me alegro; ella se lo ha buscado… Quizás me vaya de España muy pronto, papi _dije más animada_. Tal vez antes de que acabe el año… La verdad es que no sé muy bien qué pinto aquí.

_ ¡Bien! Eso está ahí al lado. Necesito tu apoyo para cuando empiece con los trámites de divorcio. En cuanto lo solucionemos todo nos pondremos manos a la obra con tu proyecto gastronómico.

_ i¿Vas a ser mi socio?!

_Tu socio capitalista; tú tendrás que arreglártelas con el resto.

_De acuerdo, papá. Cuenta conmigo. Victoria no saldrá victoriosa, valga la redundancia.

***

25 de diciembre, 1981

Doña Fuencisca y don Cipriano me despertaron llamándome a gritos desde el jardín.

Me desperecé y me asomé al balcón en pijama.

Los porteros iban cargados de maletas, pues se marchaban a Almansa para pasar el resto de la Navidad con su familia. El día anterior había celebrado en su casa la Nochebuena y me habían comentado su propósito. Después de la cena me despedí de ellos hasta el día de Reyes. Me extrañó verles sobre el césped, inquietos, voceando mi nombre.

_ ¡Alejandra! _me apremió doña Fuencisca_. Si no bajas pronto vamos a perder el tren. Te llama por teléfono una señora.

_ ¿No ha dicho quién es?

_No. Habla con ella y no te entretengas que llevamos prisa.

_ ¡Voy!

Quizá fuera tía Mavis; hacía mucho que no sabía de ella. Bajé los escalones de dos en dos y corrí hacia la portería. La hija de los porteros esperaba en la puerta, impaciente, con el teléfono en la mano. Sin mediar palabra me tendió el auricular.

_ ¿Diga?

_Alejandra _susurró doña Vicenta como si le intimidase hablar conmigo.

Al oír su voz estuve a punto de colgar. Habían pasado veinte días desde la última vez que estuve en el restaurante y no estaba de humor para reproches. Sin embargo, su tono de voz quebradizo y lastimero me impidió dejarla con la palabra en la boca.

_Buenos días, doña Vicenta.

_Hola, Alejandra… No sé por dónde empezar…

Observé que la hija de la portera me miraba agitada, ansiosa por cerrar la puerta de la vivienda.

_No puedo entretenerme mucho, doña Vicenta; ya sabe que no tengo teléfono en casa y los porteros estaban a punto de irse de viaje.

_Intentaré ser breve…

_Por favor…

_ Alejandra, por lo que más quieras; vuelve aunque sólo sea hasta el seis de enero _me suplicó la mujer_. Desde que te fuiste esto ha sido un caos. Hemos tenido muchas comidas y cenas de empresa y me las he tenido que arreglar yo sola en la cocina. Hoy, día de Navidad, estamos hasta arriba de trabajo. Te pido disculpas por el enfrentamiento que tuvisteis tú y mi hija. Sé que no fue culpa tuya y que debí llamarte para pedirte perdón aquel mismo día, pero no lo hice y es algo que no puedo cambiar. Si te sirve de consuelo, te diré que me alegro de que le pararas los pies y le dieras su merecido. Me arrodillaré ante ti si es preciso…

_No diga eso _la interrumpí_. Cogeré un taxi y estaré allí lo más pronto posible.

_Gracias, gracias _lloriqueó.

_Lo hago porque es usted quien me lo pide. Siempre me ha tratado bien. Tengo que colgar, nos vemos después.

Subí a casa y me arreglé lo más rápido que pude. No obstante, me vestí con un jersey ajustado muy escotado, minifalda vaquera, unos leotardos

gruesos y botas hasta la altura de la rodilla. Después me maquillé la cara a la perfección.

Era consciente de que mi aspecto y mi atuendo eran inapropiados para pasar el día moviéndome entre la cocina y el paellero, pero supuse que en algún momento de la jornada me cruzaría con Greg, y mi orgullo de mujer herida, o amante despechada, me incitaba a exhibir ante él mi mejor imagen. Me sentí repentinamente absurda y decidí cambiarme de ropa, pero sonó el claxon del taxi y tan solo me dio tiempo a ponerme encima un abrigo holgado y largo que me llegaba hasta los pies.

Llegué al restaurante sobre las doce de la mañana.

Don Tomás estaba en la puerta fumándose un puro tranquilamente con las piernas abiertas, arqueando la espalda para compensar el centro de gravedad de su inmensa barriga, que parecía haberse triplicado desde la última vez que le vi.

_Buenos días, don Tomás.

_Bon dia, xiqueta. La Vicenta te está esperando como agua de mayo. Date prisa no vaya a ser que le dé un síncope.

Estuve a punto de reprocharle que no la ayudara, pero no era asunto mío y opté por callarme.

Entré en el recinto y vi a Gregory y un camarero a quien no conocía preparando y decorando las mesas para la comida de Navidad. Una mujer de mediana edad atendía la barra.

Carmencita, por fortuna, no parecía hallarse en el local, a no ser que estuviera dentro de la cocina.

Greg me saludó con la mano, sin dejar lo que estaba haciendo. Le noté desmejorado. Reflexioné unos instantes sobre si debía acercarme a saludar, pero la dueña salió de su habitáculo y me recibió con un abrazo.

_ ¡Alejandra! Menos mal que has venido. Dale tu abrigo al Gregorio para que lo cuelgue en las perchas de arriba, no vaya a ser que se te manche.

Me despojé de él y se lo entregué, ruborizada.

_Bienvenida, Al. Te he echado de menos _me dijo Gregory en voz baja.

_Sólo he venido a ayudar a Vicenta durante las fiestas. Regreso a Londres después de Reyes.

Greg me miró cariacontecido y asintió.

Entré en la cocina con la dueña. Carmencita, afortunadamente, no estaba allí. En su lugar se encontraba Juanín, el joven pinche lento y parsimonioso cuya cualidad más notoria era la de desesperar al santo Job.

_ ¿Va a venir su hija? _pregunté a mi jefa, esperando con ansiedad una respuesta negativa. Ella se dio cuenta.

_Ahora no, filla. La niña dice que no piensa permitir que sus manos inmaculadas se estropeen _masculló con sorna_. A veces aparece a la hora de cerrar para recoger al Gregorio, pero no te preocupes; no creo que os encontréis. Como hay mucha faena y teme que su padre le ordene ponerse a servir mesas, ha fingido que tenía fiebre y se ha metido en la cama… Además no sabe que estás aquí, así que no tiene necesidad de controlar al novio. ¿Qué pasó aquel día, Alejandra?

Pensé con recelo que ese era el motivo por el que me había hecho acudir al restaurante, y no porque necesitase mi ayuda. Ella pareció leer mi pensamiento.

_No me malinterpretes, estoy de tu parte. No me lo cuentes si no quieres, pero me gustaría tener otra versión que no fuera la de mi hija. El Gregorio no ha dicho ni pío, ni para defender a la una ni a la otra, sin embargo lo encuentro diferente. Antes era un chico muy hablador y estaba entusiasmado con mi niña; ahora siguen con sus planes de boda, pero le veo sumiso y triste.

_No pasó nada entre don Gregorio y yo _mentí_. Hacía un día muy desapacible y como no había entrado nadie en toda la mañana, aprovechamos para limpiar. Cuando entró Carmencita estaba puesto el cartel de CERRADO, y al ver que estábamos solos en el local, debió pensar lo que no era. Ni siquiera estábamos juntos: él estaba fregando arriba, y yo abajo. Ella le pegó y yo me puse de parte de su novio porque me pareció un bofetón injusto. Cuando fue a zurrarme a mí, me defendí. Al bajarle la mano no medí mi fuerza y la tiré al suelo. ¿Aún quiere que me quede?

Me invadió un extraño sentimiento de culpa por engañar a mi jefa, pero no me arrepentía de haber hecho daño a su hija. Mi antipatía por ella no había hecho más que aumentar con el paso de los días.

_Mi Carmencita no tiene remedio _murmuró la mujer, moviendo la cabeza de un lado a otro con gesto de desesperación mientras me pasaba un cubo lleno de sepia, calamares, piezas de emperador, y otras variedades de pescado_. Si por ella fuera le arrancaría los ojos al pobre muchacho…

En fin… ya está bien de cháchara que nos espera una tarea de titanes.

La jornada transcurrió a un ritmo frenético. La dueña y yo no tuvimos un minuto de descanso y no volvimos a intercambiar una frase que no fuera estrictamente culinaria.

El último grupo de comensales, la extensa familia del alcalde de un pueblo de unos cuarenta mil habitantes, abandonó el establecimiento sobre las seis de la tarde.

Me despedí de los propietarios en cuanto se marcharon, disculpándome por no quedarme a ayudarles a recoger y limpiar el local. Se me hacía tarde. El último autobús de línea solía pasar a las seis y media, pero podía adelantarse o retrasarse y pronto sería de noche.

Me abroché el abrigo de arriba a abajo y salí a la calle.

Había una espesa niebla que no me permitía ver más allá de un metro. Ni siquiera en Londres, ciudad característica por ese tipo de fenómeno atmosférico, me había visto envuelta por una niebla tan densa.

Caminé con cuidado lo más rápido que pude hacia la carretera principal, temiendo no poder ver y perder el autocar que debía llevarme hasta la estación de autobuses de Valencia, donde haría transbordo para coger el coche de línea que me dejaría en la parada del Vedat, muy cerca de mi casa.

Entonces recordé que había visto un letrero en la pared del supermercado El Devenir con el horario especial de transporte para las fiestas navideñas, en el que se suprimían algunos servicios. No había reparado en leerlo, pues en aquel momento no llevaba intención de coger el autobús. Empecé a preguntarme si también habrían cambiado el horario de la línea del Perellonet. Temí tener que regresar caminando a Valencia. No era la primera vez que lo hacía, incluso de noche, pero me aterraba la perspectiva de hacer el trayecto entre una bruma tan espesa y total oscuridad.

De repente escuché el motor de un coche que se detenía a escasa distancia de mí. Don Tomás me hacía señas desde su recién estrenado Mercedes para que me acercase a la ventanilla. Me aproximé hacia él.

_Sube, Alejandra. Mi mujer está muy preocupada porque acaba de recordar que el veinticinco de diciembre no pasa ningún autobús por el Perellonet. Me ha pedido que te lleve hasta el Saler y me asegure de que coges el autocar hasta Valencia.

La presencia del marido de doña Vicenta me incomodaba sin razón aparente. El hombre siempre había sido amable conmigo y nunca había

mostrado tener especial interés por mí, por lo que no tenía motivo para dudar que era un tipo inofensivo. Sin embargo decidí ser precavida.

_Se lo agradezco, don Tomás. No se preocupe; puedo ir andando hasta allí.

_ ¡Pero, hija! ¡¿Qué dices?! ¿Tú te das cuenta de que no se ve tres en un burro? Podrías caerte dentro de una acequia y nunca me lo perdonaría.

Era cierto. Estaba anocheciendo y la visibilidad era prácticamente nula.

_Tendré mucho cuidado. No debería coger el coche, don Tomás; podría tener un accidente.

_Quita, quita… Conozco estos caminos como la palma de mi mano. Podría conducir con los ojos cerrados. ¡Vamos, sube! A veces la niebla desaparece al cruzar la Albufera. Además, si no te llevo hasta el Saler, la parienta me va a echar una bronca de mil demonios.

_ ¿Me promete ir muy despacio? _pregunté, desechando mis temores hacia el marido de doña Vicenta, quien al fin y al cabo no era un extraño.

_Que sí, filla. Entra.

Don Tomás conducía en silencio con mucha precaución. Me tranquilicé y permanecí callada. No obstante, observaba los bordes del sendero a través de mi ventanilla, alerta por si mi jefe se salía sin querer de la carretera.

Viajábamos a diez kilómetros por hora por un camino rodeado de juncos y otros arbustos mediterráneos. Cuando por fin salimos del sendero y enfilamos rumbo al Saler, el hombre aumentó ligeramente la velocidad y se decidió a hablar.

_ ¿Siempre eres tan callada?

Estuve a punto de responderle: “Depende de con quién esté.”

_No suelo hablar mucho; soy bastante tímida _le confesé.

_Hablemos del tiempo, pues. Tengo entendido que en Londres hay niebla todos los días.

_Londres tiene esa fama, aunque no crea. Más bien hace un tiempo variable… Eso sí, cuando hay niebla, en comparación con la que hay ahora, tendríamos una visibilidad estupenda.

_No quiero asustarte, Alejandra, pero en este momento apenas intuyo la carretera.

Me puse tensa. Momentos atrás Don Tomás parecía estar muy seguro de su conducción; ahora lo hacía con los ojos muy abiertos, esforzándose por inclinarse hacia delante para acercarse al parabrisas. Su tremenda panza le retenía adherido al respaldo del asiento.

_ ¿Ya hemos pasado el puente de la Albufera? _pregunté con inquietud. El trayecto se me estaba haciendo extremadamente largo.

_No, pero falta poco… Por cierto, ¿cómo vas a llegar hasta tu casa? Tengo entendido que vives pasado Torrente.

_Espero poder coger el autobús.

_ ¿No estás segura?

_Confío en que sí. Suelen pasar cada media hora.

_ ¡Vaya por Dios! _exclamó de pronto don Tomás_. Es que soy gafe. Lo que faltaba.

_ ¿Pasa algo?

_ ¿No lo notas? Creo que se me ha pinchado una rueda. Voy a echar un vistazo.

Don Tomás abrió la puerta del conductor, bajó del coche y dio unos golpecitos en el neumático. Después se introdujo en el vehículo, llevándose las manos a la cabeza.

_ ¡Ya es mala pata! ¡La madre que me parió! _se quejó, dándose pequeños coscorrones con la cabeza sobre el volante.

_Tranquilícese; sólo hay que poner la rueda de repuesto.

_El problema es que no podemos ponernos a cambiarla en la carretera principal. No se ve ni torta y nos exponemos a que algún vehículo se nos eche encima y nos atropelle.

_Quizás pase la guardia civil y nos eche una mano.

_ ¿El día de Navidad? Ni en sueños.

_ ¿Entonces, qué hacemos?

_Sólo se me ocurre una cosa… Aunque no lo veas, el puente que cruza la Albufera está ahí delante. Voy a girar a la derecha y me meteré en una explanada que hay al lado de las compuertas. ¿Sabes dónde te digo? Está a unos metros de aquí; hay un bosque de eucaliptos.

_ ¿Un bosque?

_Bueno, mujer, el bosque es de pinos, pero nada más entrar hay unos cuantos eucaliptos.

_Sí. Los he visto a veces al pasar.

_Es que soy un desgraciado _protestó_. Cagüen tot. ¡A ver cómo me las ingenio para cambiar la maldita rueda! Estoy hecho una pena con este sobrepeso que no me permite ni agacharme sin que me fatigue.

_No se preocupe. Usted ha sido muy amable conmigo y yo sé cómo hacerlo. Le ayudaré.

_Gracias, Alejandra. Soy un viejo gordinflón; las pequeñas cosas se me hacen una montaña.

_No se torture.

Don Tomás se introdujo por un sendero de tierra, rodeado de arbustos y pinos. Poco después llegamos a la extensión de terreno que había mencionado. Apenas se veía nada, pero el olor a eucalipto impregnaba el interior del coche.

A pesar del helor de la noche invernal, habíamos llevado todo el tiempo las ventanillas abiertas para evitar que los cristales se empañasen. Lo habría hecho de cualquier modo si hubiésemos estado en pleno verano, el hedor que desprendía aquel hombre era insoportable. Fue un alivio poder salir unos instantes al exterior, aunque empezaba a temer que llegaría demasiado tarde al Saler y probablemente don Tomás se ofrecería a llevarme a Valencia, o incluso a mi propia casa.

Mi jefe abrió el maletero, sacó el gato y la rueda de repuesto.

_ ¡Qué cansancio! _se lamentó con voz lastimera_. Mi esposa siempre me está diciendo que me ponga a dieta, pero a mí me gusta comer mucho y bien, y yo, erre que erre, no le hago caso y luego pasa lo que pasa. Soy un inútil _gimió.

_No haga mala sangre, don Tomás; ya le he dicho que lo haré por usted y asunto arreglado.

_No sabes cuánto te lo agradezco.

_Mire. La niebla parece estar disipándose un poco… ¿Aquello no son las compuertas? Creo que ha aparcado demasiado cerca del borde. Hemos tenido suerte de no caer al agua.

_No me había dado cuenta de que estábamos tan cerca, y eso que vengo a menudo a pescar con los amigos. Ándate con cuidado y no te aproximes a la orilla.

Don Tomás apoyó la espalda en el vehículo mientras yo arrastraba la rueda de repuesto hasta la parte trasera izquierda del Mercedes. Me agaché para retirar el tapacubos, pero me sorprendió que el neumático que debía sustituir pareciera estar en perfectas condiciones. Me giré para comunicar mi parecer a mi jefe, pero antes de que pudiera incorporarme, me había inmovilizado tumbándome boca abajo sobre la tierra húmeda, atándome las manos detrás de la espalda con sorprendente agilidad y rapidez.

_ ¡Suélteme! ¡¿Qué está haciendo?! _grité aterrada.

_ ¡Calla la boca, puta! _me ordenó, pegándome un puntapié en el costado.

Emití un aullido de pánico y dolor.

_ ¿No te enseñaron tus padres que nunca subieses al coche con un desconocido? _preguntó sonriendo con malicia.

_ ¡Pero usted no es un desconocido! _exclamé, dándome la vuelta a pesar de estar maniatada.

_Ya lo sé _rió.

Quise defenderme golpeándole con las piernas, pero consiguió esquivar mis golpes. Fuera de sí, me atizó varios puntapiés, repetidamente sobre mi cuerpo y volvió a ponerme boca abajo sin esfuerzo.

_Estate quieta por tu bien, ¿o quieres que te siga zurrando hasta que te reviente el hígado? Las apariencias engañan, Miss Lowell; aquí donde me ves, barriga incluida, soy cinturón negro de judo, segundo dan, y tú no eres más que una ramera barata que va provocando a los hombres.

_Yo no voy provocando a nadie. ¿Por qué dice eso? ¿Qué le he hecho yo? Si me deja marchar, su mujer nunca sabrá lo que ha pasado. No se lo diré a nadie, se lo juro _sollocé.

_ ¿De verdad creías que mi esposa me había pedido que te acompañara? ¡¿Serás estúpida?! Nadie sabe que estamos aquí. He dicho que iba a acercarme al restaurante de mi amigo Paco, y allí es donde iré dentro de un rato cuando haya terminado lo que he venido a hacer contigo _se desternilló mientras ponía un pie sobre mi espalda, presionando contra el suelo.

Por más que lo intentaba era incapaz de moverme.

_ ¿Qué va a hacerme?

_Lo que andabas buscando, zorra. ¿Vas a negar que te metiste en mi habitación para que te echara un polvo? Te dejaste tus absurdas muñequeras en mi cuarto; eres muy descuidada, ¿sabes? Porque era a mí a quien buscabas, ¿verdad?, ¿o era al Gregorio? ¿Acaso no sabes que es el novio de mi hija?

_No pasó nada en su habitación. Me sorprendió la tormenta camino del restaurante. Llegué allí llena de barro y temblando de frío. Greg me dejó darme un baño caliente y puso las muñequeras a secar. Le estoy diciendo la verdad _dije entre sollozos.

_ ¡Greg! _exclamó en tono burlón_. Veo que os habéis hecho muy amigos… Aunque a decir verdad, me importa un comino que te acostases con mi futuro yerno; lo que me decepcionó es que te dejases dos trozos de tela en lugar de las bragas. ¡Cómo me habría gustado olerlas! Ahora voy a tener la oportunidad de eso y mucho más.

_ ¡No! _grité alarmada_. ¡¿Qué quiere de mí?!

_No seas impaciente. Ahora lo verás.

Don Tomás me levantó el abrigo hasta taparme la cabeza con él, me subió la falda hasta más arriba de la cintura y me bajó con brusquedad las bragas y los leotardos. Después se sentó a horcajadas sobre mí. Noté cómo restregaba sus repugnantes genitales por la parte baja de mi espalda.

El estómago se me revolvió y vomité.

Hecho un basilisco, retiró la parte del abrigo que cubría mi cabeza, me cogió del pelo y me golpeó, furioso, varias veces contra el suelo. Sentí que la sangre que emanaba de mi boca se mezclaba con el vómito.

_ ¿Qué pasa? ¿Te ha sentado algo mal?

_No _gimoteé.

_ ¡Ah! Entonces soy yo quien se ha sentado mal. Enseguida le pongo remedio.

Don Tomás me aprisionaba bajo su inmensa envergadura. Por más que me esforzaba era incapaz de moverme un ápice.

En aquel instante, bajo aquel repulsivo ser, deseé morir.

Mi jefe se bajó los pantalones arrastrando al mismo tiempo los calzoncillos y se tumbó sobre mí. Noté su pene erecto serpentear sobre mis nalgas y grité pidiendo socorro; nadie me oía.

Don Tomás seguía refregando su miembro buscando mi culo, pero apenas notaba un leve y repugnante cosquilleo. Yo seguía intentando revolverme para impedir que aquel bárbaro sin escrúpulos lograra penetrarme. Observé que comenzaba a sudar y ponerse nervioso. Su descomunal barriga le imposibilitaba violentarme.

Las náuseas me hicieron arrojar el resto de comida que quedaba en mi estómago.

_ ¡Estate quieta, puta! _vociferó, cogiéndome del pelo mientras apretaba mi cabeza sobre mi vómito_. ¿No quieres que te meta la polla, eh? No importa; esto te va a hacer gemir de placer.

Don Tomás se corrió en mi trasero. Sentí una humedad viscosa recorriendo mi culo. Su voluminoso vientre le había impedido introducir su pene, pero su asqueroso semen se deslizaba por mi cuerpo sin que pudiera hacer nada más que llorar.

Por fin se levantó, se sentó sobre el capó del vehículo, y contemplándome con deleite, empezó a reírse a carcajadas con cara de satisfacción.

Me di la vuelta y me restregué sobre el terruño para secarme la piel mojada. La cuerda que me aprisionaba comenzó a aflojarse, sin embargo mi instinto de supervivencia me aconsejaba que fingiera seguir fuertemente atada. Entrelacé las manos y me incorporé hasta quedar sentada en el suelo.

Mientras aquella bestia me observaba, yo iba consiguiendo destensar el nudo que me apresaba.

Don Tomás, satisfecho, se encendió un puro sin dejar de mirarme.

_ ¿Qué hago contigo ahora, Alejandra? Podría tirarte a la Albufera y nadie te echaría de menos… o quizás sí. La estúpida de mi mujer parece haberte

cogido cariño… ¿Sabes? Todo es culpa suya. Si me dejase hacer uso del matrimonio incluso le sería fiel _se desternilló_. Pero no hay manera; cada vez que quiero follar, a la señora le duele la cabeza… Es una pena que vaya a tener que matarte, Miss Lowell.

_No diré nada, don Tomás, se lo juro.

_ ¡Bah! ¿Por qué habría de creerte?

Fingí una sonrisa.

_Porque aunque me he resistido he disfrutado…

_ ¡Qué cachonda! ¿Serás mentirosa? ¿Crees que soy tonto?

_No estoy mintiendo… Es un secreto entre usted y yo; disfruto siendo humillada.

_ ¿De veras? _preguntó escéptico.

_Ya lo creo… Hace no muchos años yo también estaba gorda. Lo crea o no, los hombres gruesos me excitan. ¿Puedo tutearte?

_Haz lo que te venga en gana.

_Tengo un apartamento en el Vedat. En este momento soy la única que vive en el bloque. Podríamos ir allí y hacer el amor sin que nadie nos moleste; yo podría sentarme sobre ti y consumar lo que hoy hemos empezado. ¿Qué me dices?

Don Tomás me observaba con una mezcla de incredulidad y lascivia.

_Que no te creo.

_Imagínate conduciendo en el asiento de tu coche con mi lengua lamiéndote la entrepierna…

_ ¿A cambio de qué?

_A cambio de recibir el mismo placer que voy a darte…

_ ¡Venga ya! Estás de guasa.

_No. Voy a demostrártelo.

_ ¿Cómo?

_Bájate los pantalones otra vez. Voy a acercarme de rodillas hacia ti, como si fuera tu esclava, y esta vez me oirás gritar de placer. Como has dicho antes, las apariencias engañan y no soy la chica inocente que aparento ser… No puedo esperar, Tomás…

_Está bien, pero no pienses por un momento que voy a desatarte.

_No lo pretendo _susurré con una simulada sonrisa libidinosa_. Eso lo hará aún más emocionante.

_Ya lo creo _admitió.

Don Tomás se bajó los pantalones y los calzoncillos esperando sentir mi lengua sobre sus genitales. Yo me aproximé de rodillas hacia él disimulando el dolor que me producía caminar entre la tierra, las piedras y las raíces de los árboles que nos separaban.

Aprovechando los escasos segundos que había invertido desabrochándose la bragueta, había conseguido, sin que él lo advirtiera, coger el pesado gato de hierro que sostenía entre mis manos ya libres de la cuerda.

Con los brazos en jarras y desnudo de cintura para abajo, don Tomás me ofreció sus partes íntimas y me habló con lujuria.

_Toda tuya, guarra.

En un abrir y cerrar de ojos me levanté del suelo y le golpeé con el gato en la cabeza. La rabia que sentía me confirió una fuerza sobrehumana. Don Tomás perdió el equilibrio y cayó al agua turbia y fangosa de las aguas próximas a las compuertas del lago de la Albufera.

Permanecí unos instantes paralizada, incapaz de asimilar mis actos. Sin embargo no me arrepentía; aquel canalla merecía morir.

Don Tomás flotaba inconsciente cerca del bordillo en el agua sucia y opaca del ancho canal que desembocaba en el mar. Las compuertas que separaban el inmenso lago del cauce artificial estaban cerradas, por lo que la ausencia de corriente evitaba que se desplazase del lugar.

Pensé que lo más probable era que lo hubiese matado, pero no me arrepentía; me sentía aliviada. Era cuestión de supervivencia: él o yo.

Era él quien merecía morir.

De repente, inconcebiblemente, le vi recobrar el conocimiento y comenzó a nadar hacia el muro de hormigón. Sentí pánico. Quise salir huyendo, pero no conocía el terreno lo suficiente para darle esquinazo si él

conseguía ascender de alguna manera a tierra firme.

Advertí con horror que en el otro extremo del cauce había dos escalas de hierro por las que se podía acceder fácilmente a la superficie. Temí que la parte del muro donde yo me hallaba también dispusiera de escaleras similares. Me aproximé con precaución hacia la orilla, me asomé por encima del bordillo, y mis temores se confirmaron. Adosadas a la pared había varias escalerillas que recorrían la pared, separadas unas de otras por una distancia considerable.

Don Tomás había conseguido salir a flote y nadaba hacia una de ellas. Era consciente de que si le permitía subir estaría perdida. Estuve a punto de echar a correr e intentar esconderme, sabedora de que le sería difícil alcanzarme, pero cabía la posibilidad de que cogiera el coche y me persiguiera por el pinedo lleno de senderos y caminos, que él había frecuentado la mayor parte de su vida, y que yo desconocía.

La espesa niebla había desaparecido casi por completo y la luna llena iluminaba cada recoveco del bosque. Abandoné la idea de ocultarme entre la vegetación, pues don Tomás, además de ser aficionado a la pesca, era conocido por ser un cazador experimentado. Temí que llevase su escopeta en el maletero de su automóvil y la utilizara contra mí.

Me percaté de que había perdido mucho tiempo examinando sus movimientos, queriendo creer que aquel hombre exageradamente obeso no sería capaz de ponerse a salvo.

Tenía que actuar con rapidez.

Comencé a tirarle piedras, pero no encontraba ninguna que fuera lo suficientemente grande para herirle y detener sus brazadas. Quería agotarle, que se diera por vencido y verle ahogarse en el agua.

Don Tomás se agarró al primer peldaño de la escala y logró ponerse en pie. Jadeando por el esfuerzo, consiguió alcanzar el último escalón, que terminaba a un palmo del bordillo.

Di unos pasos atrás, temiendo que me cogiera los pies y me lanzase al agua.

Don Tomás estaba extenuado.

_Alejandra, ayúdame; te lo suplico.

_ ¡No! _aullé, presa de la histeria_. No voy a dejarle subir; no quiero. ¡Iba a matarme, cerdo!

_Eso no es cierto _dijo casi sin aliento_. Dame la mano, por favor.

Negué con la cabeza; las lágrimas resbalaban por mi rostro magullado.

_Alejandra _susurró con expresión suplicante, extendiendo su mano en busca de auxilio_. Te pido perdón.

_No puedo tener piedad por usted _mascullé.

Temblorosa y asustada, me aproximé a él y le di un fuerte puntapié en la mano.

Don Tomás volvió a caer de espaldas al agua.

Antes de volverle a dar la oportunidad de reaccionar, me dirigí hacia su coche, saqué mi bolso y lo deposité en el suelo. Después tiré la rueda de repuesto y el gato metálico al agua sucia y turbia en la que mi jefe, exhausto, luchaba por mantenerse a flote.

Vislumbré en su cara una mueca de pavor.

_ i¿Qué estás haciendo?! _gritó asustado.

No respondí.

Cegada por la ira, herida y humillada, entré con rapidez en el interior de su coche. Puse el cambio de marchas en punto muerto y me encaminé hacia la parte trasera del vehículo. Luego lo empujé hacia la orilla y cayó al vacío, golpeando de lleno a don Tomás, que quedó aplastado bajo su Mercedes.

No era posible que hubiese sobrevivido.

La pesadilla había terminado… o tal vez no, pensé. Quizás era ahora cuando realmente comenzaba.

Me había tomado la justicia por mi mano y había matado deliberadamente a un hombre.

Mi deber era entregarme a la policía y contarles lo que había sucedido. Pero, ¿quién iba a creer que lo había hecho en defensa propia?

Seguramente dirían que era yo quien le había incitado. Él era un conocido empresario, felizmente casado y padre de familia. Tendría que confesar que había subido voluntariamente en su coche, y el atuendo que llevaba debajo de mi abrigo era tremendamente provocativo, totalmente inadecuado para trabajar en la cocina entre pescado y carne cruda,

fogones, y paellas hechas a leña.

Nadie me tomaría por una chica cándida e ingenua, y en cierto modo no lo era. Había sido a Gregory a quien había querido volver a seducir.

Resolví no entregarme a la policía aquella noche; me sentía incapaz de pensar con claridad. Tan solo quería llegar a casa. Decidí hacerlo caminando, escondiéndome de la gente.

Pero antes de regresar me aseguraría de que el repugnante marido de doña Vicenta había muerto.

Esperaría hasta comprobar que don Tomás había quedado atrapado bajo su vehículo, que iba hundiéndose poco a poco en el agua fangosa del ancho canal. Permanecí allí hasta que la matrícula del coche y el parachoques se sumergieron por completo.

Después me alejé de aquella zona. Supuse que era imposible que se descubriera el crimen aquella noche, pero era una locura quedarme allí más tiempo. Quizás su familia le echara de menos y comenzaran a buscarle.

Miré a mi alrededor. No había nadie; tan solo se escuchaba el sonido de los animalillos nocturnos de un hermoso paisaje que recordaría hasta el final de mis días como un escenario espantoso e innoble.

Me asqueaba mi ropa, impregnada todavía de semen, barro y sangre. Sabía que no podía dejarla allí tirada, pues levantaría sospechas. Me despojé de ella y la introduje en una bolsa de plástico que llevaba dentro del bolso. Después sacudí mi abrigo y volví a ponérmelo, abrochado de arriba a abajo.

Decidí regresar caminando a casa. No podía aventurarme a coger el autobús o un taxi y que el conductor me viera en un estado tan lamentable. Si descubrían el paradero de don Tomás podrían atar cabos y delatarme.

Recorrí el camino de vuelta, deprisa pero alerta. La oscuridad me ayudaba a ocultarme de la gente. Me aterraba que los transeúntes se fijasen en mis manos maltrechas, mi rostro ensangrentado, y mi abrigo y mi cabello manchado de barro.

Por fortuna la noche era gélida y no invitaba a salir a la calle. Las familias que se habían reunido para celebrar la comida de Navidad parecían haber regresado a sus hogares. Apenas circulaban algunos coches por la carretera principal y casi ninguno por las secundarias.

Al pasar por el pueblo de Picaña, a mitad de camino entre la ciudad y Torrente, cogí la bolsa con la ropa sucia hecha girones y la tiré a un contenedor de basura. Después proseguí la marcha arropada tan solo por mi abrigo.

Extenuada, me detuve a descansar detrás de la valla de una fábrica vacía. Los ladridos incesantes de los perros guardianes me obligaron a continuar el trayecto sin darme un respiro. Estaba desfallecida y a punto de rendirme.

No obstante, era consciente de que había recorrido la mayor parte del camino y no podía dejarme vencer por el desánimo.

Rememoré la noche en que mis primos me dejaron abandonada en la soledad del parque de Hampstead Heath en Londres, y mi lucha incesante por llegar a casa a salvo, para después sucumbir a la desesperanza e intentar quitarme la vida.

Me juré a mí misma que esta vez sería diferente a pesar de que la tropelía perpetrada por mis primos había sido una travesura comparada con la crueldad y las vejaciones a las que había sido sometida por don Tomás.

Me reconfortaba el hecho de que hubiese pagado por su crimen. Yo misma le había juzgado, declarado culpable y sentenciado a morir. No sentía por él un ápice de compasión. Experimenté la implacable satisfacción de haberle hecho pagar su maldad con un escarmiento eterno.

Llegué a casa con los pies llenos de ampollas, cubierta de sangre, y con un dolor insoportable.

Encendí el calentador, cogí un estropajo de esparto y me introduje en el baño. Estuve frotándome la espalda y las nalgas con alcohol para liberarme del nauseabundo contacto de mi jefe hasta que el agua de la ducha al deslizarse por mi cuerpo se tiñó de rojo.

Cuando salí de la bañera, me rocié con alcohol de la cabeza a los pies. El sufrimiento era insoportable; me había arrancado la piel hasta quedar en carne viva. Grité y aullé de dolor.

Por fortuna no había nadie que pudiera oírme. Las viviendas del bloque de apartamentos estaban vacías, incluyendo la portería.

Me sequé con una toalla grande y me puse el albornoz. Después me tomé un tranquilizante y me tumbé en la cama boca abajo. Lloré desconsoladamente hasta que el agotamiento me venció y me sumió en un sueño inquieto.

Cuando me desperté al día siguiente, la angustia no había desaparecido. Sin comerlo ni beberlo me hallaba inmiscuida en un escabroso asunto del que ansiaba salir redimida.

Había llegado el momento de reflexionar y pensar con la cabeza fría.

Mi primera idea fue abandonar la casa y tomar el primer avión que me llevase de vuelta a Londres, pero deseché el plan. Mi precipitada huida podría levantar sospechas sobre mí. A estas alturas, doña Vicenta estaría preocupada por la ausencia de su esposo y probablemente habría avisado a la policía.

Recordé que el hombre no llevaba aún veinticuatro horas desaparecido, por lo que tal vez aún no habrían emprendido su búsqueda. Sin embargo, don Tomás era amigo de pescadores que desempeñaban su labor sentados en la orilla del canal de la Albufera. No podía descartar el hecho de que con la luz del día hubiesen encontrado su cadáver y su coche, y hubiesen avisado a la guardia civil.

Tampoco sabía con certeza si el día anterior don Tomás había salido del restaurante justo después que yo, y su familia e incluso Gregory, habrían relacionado su desaparición conmigo, poniendo sobre aviso a la policía.

Y de ser así, ¿por qué iban a imaginar que yo le había matado?, me pregunté. Era un pensamiento ridículo. No tenía móvil; ni siquiera había sufrido acoso por su parte en el trabajo.

Lo lógico, cuando lo hallasen, era pensar que se apartó de la carretera para cambiar una rueda pinchada, se desorientó y cayó a la Albufera. Era lo más coherente. Esperaba que lo fuera también para la policía.

Un torbellino de dudas bullía en mi cabeza.

Reflexioné sobre los hechos acontecidos la tarde anterior.

Si hubiese sido un accidente por despiste, era factible que don Tomás se hubiese dado cuenta de su error y hubiese tenido los reflejos para saltar del vehículo mientras se precipitaba al agua. Eso explicaría que mi jefe estuviera fuera del coche cuando lo hallasen. Sin embargo no había justificación para que el gato y la rueda de repuesto hubiesen caído con él. Resultaba obvio que alguien había tenido que empujar el automóvil.

Con suerte, el fango se los habría tragado. Me pregunté si la llanta de la rueda impediría que el neumático flotara. Crucé los dedos para que así fuera. En ese caso, el "ajusticiamiento" de don Tomás podría haberse convertido en el crimen perfecto.

No había pruebas contra mí. Sería muy difícil encontrar el leve rastro de sangre que emanó de mi boca cuando aquel energúmeno restregó mi cara sobre la tierra, y el agua opaca y viscosa habría borrado las huellas y el rastro de mi presencia en el Mercedes.

Además en España no había muestras de mi sangre, ni huellas dactilares con las que poder cotejarlas en el improbable caso de existir, y en Inglaterra, a diferencia de muchos países, no teníamos carnet de identidad. Tan solo disponía del pasaporte que siempre llevaba en mi bolso, y había tenido la precaución de cogerlo antes de lanzar el coche al canal.

No había motivos para sospechar de mí, a no ser que la policía encontrase la ropa que había tirado al contenedor en Picaña, o se presentasen en mi casa y se percatasen de las contusiones y magulladuras visibles que tenía en rostro y manos.

Intenté relajarme.

Ni siquiera Gregory conocía con exactitud mi domicilio, aunque quizás fuese él, el único que pudiera ofrecer una pista sobre mi paradero, pues le había comentado que vivía en un bloque de apartamentos situado a cien metros del supermercado El Devenir. Pero sin duda él no sería capaz de delatarme, pensé… O tal vez sí. Al fin y al cabo había matado al padre de su prometida.

Me levanté, maltrecha, de la cama y me miré en el espejo que pendía de la pared de mi habitación. Tenía la cara llena de rasguños y la boca hinchada: nada que no pudiese solucionar el maquillaje. Cuando tenía trece años, tía Mavis me había enseñado a tapar con efectividad cualquier imperfección cutánea por grave que fuera.

La ropa cubriría el resto de las lesiones de mi cuerpo.

Decidí arriesgarme y permanecer en España.

Me arreglé la cara lo mejor que pude. Conseguí disimular los moratones y las heridas con varias capas de maquillaje, y me pinté los labios de color granate oscuro. Mi aspecto era aceptable, incluso sofisticado, aunque en realidad estaba irreconocible. Pero la policía no me conocía, y la calidad de la foto del pasaporte era lamentable.

Intenté mentalizarme de que nada había sucedido. Decidida a creerme mis embustes, me repetí a mí misma que volví a casa andando desde el Perellonet a Valencia, y que cogí un autobús hasta Torrente. El resto del camino lo habría hecho, supuestamente, andando. Nadie me había visto

llegar al Vedat. No sería difícil interiorizar mis mentiras como ciertas.

Entré en la cocina.

Aunque aún sentía náuseas, me comí dos lonchas de jamón serrano, dos rebanadas de pan de molde y un refresco de naranja. Después volví a tumbarme de costado en mi lecho, encendí la radio y sintonicé una emisora valenciana; no había ninguna noticia sobre la desaparición de don Tomás.

Poco a poco me fui serenando.

Sin embargo, para no delatarme, tendría que continuar con mi vida normal y acudir a trabajar al restaurante el día de Reyes, tal como había acordado con doña Vicenta.

Tenía que ser fuerte y afrontar cualquier situación que me deparase aquel día: yo era inocente y jamás había subido al coche de don Tomás. Bajo ningún concepto diría lo contrario.

No obstante, lavé el abrigo y limpié mis zapatos a conciencia. Por la noche me desplacé hasta Torrente y los tiré entre restos de comida en un contenedor.

Aquella semana permanecí en casa con la radio y el televisor encendido, pendiente de las noticias. Ningún canal ni emisora se hizo eco de la muerte de don Tomás.

***

Enero, 1982

El seis de enero, festividad de Los Reyes Magos, estaba completamente recuperada de mis heridas.

La piel lesionada de la espalda se fue convirtiendo en una gruesa costra de color granate oscuro que había terminado por caerse hacía tres días, ofreciendo el aspecto suave y rosáceo de la piel de un bebé.

Afortunadamente, físicamente, no me quedarían cicatrices que me recordasen aquel desagradable incidente. No obstante, dudaba que lograsen desaparecer las secuelas que dejaría aquella ingrata noche en mi

alma.

Me desplacé hasta el restaurante, enfundada en un grueso jersey, anorak y pantalones vaqueros. Estaba alterada y nerviosa, sin saber con quién ni con qué me podría encontrar. Imaginé que si don Tomás había sobrevivido no habría cometido la torpeza de contar lo ocurrido: la verdad tampoco le dejaba a él en buen lugar.

Seguía sin tener noticias sobre su fallecimiento. La radio, la televisión y la prensa no habían informado de su muerte. Tampoco había recibido la visita de la policía, lo cual me parecía extraño.

Nadie había llamado a mi puerta durante aquellos angustiosos días.

Los porteros seguían en Almansa, por lo que ignoraba si alguien había intentado ponerse en contacto telefónico conmigo.

Durante la semana anterior había telefoneado a diario, desde la cabina próxima al supermercado, a mi casa de Golders Green para avisar que demoraría mi regreso a Londres hasta mediados de enero. Por más que había insistido, nadie había respondido a mis llamadas. También había intentado contactar con tía Mavis, pero tampoco ella había cogido el teléfono. La tierra parecía habérselos tragado a todos.

No le di mayor importancia. Mi máxima preocupación ahora era concentrarme en realizar una interpretación digna de una actriz en posesión de un Oscar.

El taxi me dejó en las afueras del Perellonet sobre las diez de la mañana, y me encaminé con paso firme hacia el establecimiento; la ansiedad me corroía por dentro.

Poco antes de llegar, la inactividad en los alrededores del local me hizo presentir que habrían encontrado el cadáver de mi jefe con total seguridad.

El establecimiento estaba precintado. Me pregunté cuál sería el motivo, ya que don Tomás no había muerto allí.

Aparcado en la acera de enfrente había un coche de la guardia civil. En su interior había dos hombres de uniforme custodiando el negocio.

Me aproximé hacia la entrada simulando curiosidad. La trapa metálica estaba cerrada.

Uno de los agentes de la Benemérita, que ocupaban el vehículo, salió al

exterior y me interceptó el paso.

_Alto ahí, señorita. Soy el cabo de la guardia civil Juan Alapont; ¿no ve que está cerrado?

Me arrepentí de inmediato de la insensatez de no haber cogido un vuelo de vuelta a Inglaterra el día siguiente del homicidio. Probablemente nadie habría sospechado de mí y me habría evitado un mal trago. Sin embargo, ahora me parecía peligroso salirme por peteneras y responder que iba a comprar un paquete de patatas fritas.

_ ¿Qué ha sucedido, cabo?

_ ¿Y a usted que le importa? ¡Circule! Váyase a cotillear a otra parte.

Estuve a punto de obedecer sin rechistar cuando su compañero abrió la portezuela del automóvil y se dirigió hacia nosotros con arrogante chulería.

_ ¿Algún problema, cabo?

_No, mi sargento; otra morbosa que viene a curiosear.

_Yo ya me iba _dije con exagerada disposición.

_No tan deprisa, guapa. Soy el sargento José Cantero. Antes que nada, buenos días. Perdone a mi subordinado, es un grosero y un inepto.

El cabo Alapont enrojeció de ira, pero disimuló.

_No se preocupe, sargento; que tengan un buen día.

_Usted no es de por aquí, ¿me equivoco?

_En realidad no. Soy inglesa.

_ ¡Acabáramos! _exclamó cambiando de tono_. ¿Y puede saberse que hace rondando este local?

_ ¿Qué quiere decir?

_Que ha venido decidida hasta esta puerta por algún motivo, y no me diga que ha venido a comprar pipas _me advirtió como si me hubiese leído el pensamiento_. Responda con sinceridad; quiero la verdad.

_Bueno… _titubeé_. Quedé con doña Vicenta en venir a ayudarla en la cocina el día de Reyes… A veces le echo una mano cuando hay mucho

personal.

_Me lo imaginaba; es usted la cocinera inglesa.

_Así es; ¿cómo lo sabe?

_Porque hemos interrogado a toda la familia y a los camareros que trabajaron aquí el día del fallecimiento de don Tomás, que por cierto era un buen amigo mío.

_Lo siento. Pobre hombre; era un buen jefe. ¿De qué ha muerto?

Sentí una inmensa rabia en mi interior al tener que fingir pena por aquel miserable, cuando en realidad me habría gustado manifestar a gritos mi alegría por haberme deshecho de aquel ser embrutecido.

_Aún no lo sabemos; quizás usted pueda ayudarnos a esclarecer los hechos.

_ ¿Yo? No sé cómo podría hacerlo. Ni siquiera sé de qué ha muerto. ¿De un infarto? _sugerí.

_Buen intento, sí señora _sonrió.

_Oiga, sargento. ¿Me está acusando de algo? Lo único que he hecho es venir a trabajar. ¿Cómo iba a saber yo que don Tomás había muerto? Y mucho menos de qué. La última vez que estuve aquí fue el día de Navidad. Ya le he dicho que sólo vengo de uvas a peras.

_El día de Navidad es justamente cuando Tomás tuvo el fatal "accidente" que le costó la vida, cosa que me cuesta creer, ya que conocía perfectamente el terreno en muchos kilómetros a la redonda.

_Había mucha niebla aquel día…

_Tiene muy buena memoria, pero es usted rematadamente tonta. ¿Acaso he hablado yo del tipo de accidente que tuvo mi colega? ¿Qué habría tenido que ver la niebla si se hubiese caído por una escalera?

_ ¿Fue eso lo que pasó?

_ ¡No! Me está haciendo perder la paciencia _replicó irascible.

_Sargento, le juro que no sé nada _mentí_. ¿Sería tan amable de decirme de qué murió y no tenerme en ascuas?

_No te conviene ponerte chula. Tomás me habló de ti. Eres la tal

Alejandra, ¿no?

_Sí, me llamo Alexandra. No me malinterprete. No me estoy poniendo chula, aunque es cierto que estoy un poco nerviosa. Había cogido un gran cariño a esa familia, en especial a doña Vicenta. Siempre se ha portado muy bien conmigo; debe estar hecha polvo.

_Me consta que no sólo le tiene cariño a doña Vicenta. ¿Qué me dice del yerno? Tengo entendido que ustedes dos se veían en las dependencias privadas del difunto.

_Eso es mentira. Don Gregorio y Carmencita van a casarse en marzo. Nunca me metería entre una pareja que se quiere…

_ ¡Ya!

_Sargento _insistí_. Sigue usted sin decirme qué le pasó a mi jefe.

_Mi sargento _comentó el cabo_. En mi opinión esta chica está limpia. ¿Qué interés tiene en torturarla?

_ ¡Vamos, Alapont! No seas cerril. ¿En qué tómbola te has sacado la oposición? Esta tía está pringada hasta el culo.

_Si usted lo dice… De todos modos, pienso que debería de informarle sobre las causas de la muerte del interfecto antes de trasladarla al cuartelillo.

_ ¿Al cuartelillo? _les interpelé alarmada_. ¿De qué se me acusa?

_Del asesinato de don Tomás.

_Tiene que estar de broma _protesté.

_No señora. Mi amigo me contó que andaba usted haciéndose la encontradiza con él desde finales de verano, que quería que la hiciera su amante y que le había insinuado que le pusiera un pisito en Valencia y la mantuviera.

_ ¡Eso no es cierto! Tengo dinero; mi padre es un conocido músico y un próspero empresario. ¿Para qué iba a querer liarme con él?

_ ¡Claro! Y por eso iba mendigando unas horas de trabajo a cambio de una miseria. A mí no me engaña. Mi teoría es que el día de Navidad, su jefe se compadeció de usted y accedió a llevarla a casa en su coche. Supongo que por el camino intentaría seducirle para robarle el dinero de

la recaudación y…

El sargento Cantero interrumpió súbitamente su desacertado discurso.

_ ¿Y…? _le increpé.

Se encogió de hombros.

_Ni idea. Seguro que usted sabe la respuesta mejor que yo. Tomás y su coche fueron encontrados por unos pescadores. El cadáver estaba en avanzado estado de descomposición. Los peces se habían comido sus ojos, los dedos y el pene. Lo que tendrá que confesar es cómo se las arregló para que acabara allí.

Permanecí callada, intentando controlar las náuseas que me produjo recordar la repugnante sensación de su miembro sobre mi piel, convertido aquella misma noche en pienso para los peces.

_Cabo, ponle las esposas y métela en el coche.

No daba crédito a lo que había oído. Tuve la tentación de relatar la verdad, pero la exposición de los hechos por parte del sargento me indujo a pensar que carecían de pruebas contra mí.

Confiaba en que en 1982, en plena democracia en España, ya no se recurriera a la tortura para arrancarle una confesión a un sospechoso: en concreto a mí.

Me llevaron al cuartel general de la guardia civil en Valencia. Estaba aterrada, pero resuelta a seguir en mis trece y no admitir mi culpabilidad.

El sargento Cantero y el cabo Alapont me confiaron a dos compañeros que me condujeron directamente al despacho del capitán Anselmo Vargues, un hombre alto y recio de tupido pelo negro que asemejaba un cepillo.

El capitán Vargues indicó a sus subordinados que me quitasen las esposas y me dejasen a solas con él. Me veía perdida y en la cárcel, de lo contrario no me habrían conducido a la central.

_Quiero un abogado _balbuceé.

_ ¿Para qué? ¿Has matado a alguien? _inquirió sin prestarme demasiada atención.

Su pregunta me pilló por sorpresa. Para el sargento amigo de don Tomás, yo era culpable sin la menor sombra de duda.

_Claro que no.

_Cantero no piensa lo mismo. Se personó aquí con sus teorías el mismo día que encontraron al empresario don Tomás Prats. Sin embargo yo pienso que todo son conjeturas suyas y que su muerte se debió a un lamentable accidente.

_ ¿Me cree entonces? ¿Por qué iba yo a querer matarle?

Curiosamente había empezado a creerme mis propias mentiras.

_Eso digo yo.

_ ¿Va a dejar que me marche?

_Sí y no.

Le miré con los ojos suplicantes. Me estaba costando un esfuerzo titánico no romper a llorar.

_Vamos a ver, señorita Lowell. Ni el sargento Cantero ni ningún miembro de la Guardia Civil o la Policía Nacional tenemos una sola prueba contra usted… Está claro que el señor Prats fue asesinado, ya que lo encontraron junto a la rueda de repuesto de su coche y el gato. El hombre estaba irreconocible por el impacto que le produjo su automóvil al caer, u otro tipo de golpe _puntualizó, escudriñándome con los ojos entrecerrados_. Además los peces se habían dado un festín con aquel desgraciado… Fíjese usted que he dicho "desgraciado". Lo que no he especificado es la connotación positiva o negativa del adjetivo. ¿Me sigue?

_Creo que sí.

_Por lo que a mí respecta, el estado en el que se le encontró, con los pantalones bajados, yendo supuestamente a cambiar una rueda que no estaba pinchada, da que pensar que la persona que estaba con él lo mató en defensa propia.

El capitán me observó inquisitoriamente manteniendo su mirada clavada en mí, pero no estaba dispuesta a caer en su trampa. Si deseaba una confesión tendría que recurrir a métodos menos sutiles.

_ ¿Así es como lo encontraron? _pregunté falsamente anonadada_. ¿Quiere decir que estaba con una mujer?

_Casi con la más absoluta de las certezas… a no ser que a don Tomás le gustasen los hombres.

_Estaba casado y tenía una hija _comenté como si quisiera limpiar su honra.

_A veces eso es tan solo una tapadera.

_Me sorprende… aunque quizás… _dije con hipocresía.

_Señorita Lowell; el caso del señor Prats aún no está cerrado, pero como le he dicho no hay pruebas ni contra usted ni contra nadie. Sin embargo voy a invitarle a abandonar el país a la mayor brevedad posible. Para ser exacto, permanecerá en el calabozo hasta que mis hombres la custodien hasta el avión que sale para Heathrow mañana por la mañana. Nos dará su dirección en Valencia y yo mismo me encargaré de registrar su casa. Sus pertenencias le serán enviadas a su domicilio en Inglaterra. ¿Lleva encima el pasaporte?

_Sí, claro.

_Perfecto. Entonces viajará directa del calabozo a su tierra.

_Si no me considera culpable, ¿por qué me echa del país?

_Porque está trabajando ilegalmente en España, ni más ni menos. Mi hija estuvo empleada en una tienda de Londres hace dos años. La policía la pilló in fraganti y no dudó en ponerla de patitas en el aeropuerto, con el bochorno que supuso para ella.

_No es justo. ¿Me está poniendo en la frontera por una especie de venganza?

_ ¡Por el amor de Dios, Miss Lowell! ¿No se da cuenta de que la estoy ayudando?... No me gustaría que mi hija se viera en el mismo trance por el que ha pasado usted _susurró_. Sólo pensarlo me produce escalofríos. Además tenemos ya a la persona que pagará por ese crimen.

En aquel momento me percaté de que el capitán Vargues tenía una teoría acertada sobre lo que sucedió en la Albufera.

_No pretendo ser impertinente, ¿qué quiere decir?

_En la autopsia, la policía científica encontró restos de raticida en el cuerpo de don Tomás. Su esposa ha confesado ser ella quien le estaba envenenando.

Emití un genuino sonido de asombro. Jamás lo hubiera imaginado.

_ ¿Por qué haría algo así? _me pregunté a mí misma sin darme cuenta de

que había pronunciado mis palabras en voz alta.

_Porque estaba harta del maltrato y las vejaciones por parte de su esposo, quien la violaba y humillaba un día tras otro.

_ ¡¿Qué?! ¡Pero si parecía ella quien ordenaba y mandaba en esa familia!

_Pues, ya ve.

_ ¿Qué va a ser de ella? _pregunté afligida.

_Pasará un tiempo en la cárcel… Espero que no sea mucho… Pobre mujer…

_Ella no le mató…

_Calla, chiquilla _me dijo en tono afectuoso_. Lo sé. Aquella tarde la mujer volvió a casa en el coche de su yerno con su hija. Los tres tienen coartada, pero la dueña del restaurante ha declarado que llevaba intención de acabar con la vida de su esposo y ha ingresado en prisión hasta que se celebre el juicio… Y ahora, ni una palabra más. Le diré una cosa: hay más de una denuncia por violación contra ese individuo. Todas han caído en saco roto. Entre usted y yo, ya era hora de que alguien le parara los pies.

De repente me embargó la tristeza; nunca volvería a ver a Greg.

_ ¿No voy a poder despedirme de ellos?

_Sintiéndolo mucho, no. Ya me he arriesgado bastante por usted.

_Gracias capitán.

Vargues asintió. Después apretó un botón del interfono que reposaba sobre la mesa de su oficina, y dos hombres jóvenes con uniforme de color verde se personaron allí de inmediato.

_Tratadla bien _ordenó.

_Por supuesto, capitán _dijeron al unísono.

Cada uno me cogió de un brazo y me condujeron a un sótano en el que había varias celdas vacías, provistas de barrotes, un pequeño camastro de madera y un orinal.

Poco después, uno de ellos me trajo una manta y una almohada.

Al día siguiente fui escoltada por un agente de la guardia civil, vestido de paisano hasta el aeropuerto de Manises. Me sorprendió que se despidiera de mí cuando llegamos al mostrador donde entregué la tarjeta de embarque, en lugar de acompañarme hasta el avión que me llevaría de vuelta a Londres.

Dije adiós a España mentalmente para siempre. Con el tiempo, lejos de allí, confiaba que todo quedase como la peor de mis pesadillas.

Ni siquiera Gregory merecía mi recuerdo; tan solo había sido un juguete en sus manos.